

La novela
TEATRAL

188



CONCHITA RUIZ

20 ets.

El Alcalde Ronquillo
Drama en cinco actos
JOSÉ ZORRILLA

G-F 10740

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3. — MADRID. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos. 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Carlines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

GUIMERA.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.

LINARES VIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTÍNEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-*La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse.-21. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

VILLAESPEÑA.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.-**El Alcazar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.—151. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-*El Retablo de Agreliano.-*Las hijas del Cid.-*El Rey Trovador.

RAMOS CARRIÓN.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-105. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Retobica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviña.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-*El señor cura.-138. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

RAMOS CARRIÓN-VITAL AZA.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragoza.-183. Ro-

bo en despoblado.-151. El padrón municipal. 110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.

ARNICHES.—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trevezel.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCÍA ALVAREZ.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

GARCÍA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-31. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.*Faustina

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

PERRIN - PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cinematógrafo Nacional.-*Cercame.* Nacional.-*Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-*Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

TORRES DEL ALAMO - ASEÑO.—22. Serafina la Rubiales.-61. El chico del cafetín.-105. La boda de Cayetana.-176. La suerte de Salustiano.-161. Los pendientes de la Trini.-Charito la Samaritana.-181. El Tenor

PARADAS Y JIMÉNEZ.—170. La Chicharra.-168. Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El Nido del principal.-*La casa de los milagros.-*La Canastilla.-185. El primer rorro.-*La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacátuas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Halters.-108. La tía de Carlos.-141. La barba Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio.-126. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.-153. La Ciclón.-166. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnard.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequitera.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete, y verás!-144. Blasco Jimeno.-152. Don Francisco de Quevedo.-164. El Ladrón.-46. ¡La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón.-162. Pancho Virondo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Lavina.-*Los amantes de Teruel.-*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.



EL ALCALDE RONQUILLO

O EL DIABLO EN VALLADOLID

DRAMA EN CINCO ACTOS POR

DON JOSÉ ZORRILLA

PERSONAJES

DON RODRIGO DEL RONQUILLO, Alcalde de casa y corte.—VAN DERKEN.—UN ESPIA DE FELIPE II.—ROBERTO.—EL DOCTOR ROBLES.—DON LUIS DE VALDES.—GIL.—EL HERMANO JUAN.—EMBOZADO 1.º.—EMBOZADO 2.º.—EMBOZADO 3.º.—CABO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.

Soldados, músicos, rondas, enmascarados y alguaciles.—La escena en Valladolid, Sebpre. 1559

ACTO PRIMERO

Plazuela en Valladolid, formada por los tres edificios siguientes: 1.º A la derecha una casa de buena apariencia con puerta y balcón practicables. 2.º A la izquierda una casa de mezquina apariencia, con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice «Taberna y Hostería». 3.º En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con trabesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la Inquisición. Sobre la puerta, un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones): «Casa del Diablo».—Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales, en la de la derecha, hay una puertecilla, y las paredes que la forman con tapias de un jardín.—Las casas de la derecha y de la izquierda forman también, con éstas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena.—Al levantarse el telón en este primer acto, se ve salir al alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, e ir a llamar a Roberto a la suya, que es la taberna.

Ronquillo y Roberto

RON.—Roberto...

ROB. Señor...

RON. ¿Tan presto tienes cerrada tu tienda?

ROB.—Y ¿qué queréis ya que venda, si es un sitio tan funesto en el que la tengo abierta, que en diciendo que anochece, alma humana no parece por delante de mi puerta?

RON.—¿Conque tanta boga cobra lo que se habla de esta casa?

ROB.—Juzgadlo por lo que pasa.

RON.—Pero ¿es seguro?

ROB. De sobra, señor: sin recelo alguno podéis las puertas dejar abiertas de par en par, que no os robará ninguno. Por no pasar por aquí de noche, hay hombre que acaso se queda a dormir al raso.

RON.—¿De veras?

ROB. A fé que sí.

Porque son tan espantosas y de tal modo se aumentan las historias que se cuentan de esta casa...

RON. ¿Conque cosas

pasan aquí tan terribles?

ROB.—Tremendas.

RON. ¡Vaya por Dios!

ROB.—Cada noche un hombre o dos muere a manos invisibles en estos alrededores.

RON.—Mas ¿de tal manera expiran?

ROB.—De tal, que por más que miran no ven a sus matadores.

Nadie lo duda, señor;

en esa casa maldita, por fuerza algún diablo habita, del hombre exterminador.

RON.—Ya ves, cuando el Santo Oficio condenarla me mandó y sus entradas selló, claro es que habrá maleficio.

ROB.—Hombre que atento se pare

a contemplar esta casa, si dos o tres veces pasa por la noche, Dios le ampare.

Y en fin, mejor lo sabéis vos, que los más de los días, causas de muertos tenéis en aquestas cercanías.

RON.—Bien, bien. Mas oye: mi gente

reunida en el Juzgado está; mientras que firmado dejo un vale al Intendente, aviso a mis rondas pasa

5.1203633

7.130858

de que la nora difiero
de la ronda, y les espero
a las nueve, ahí, en mi casa.

ROB.—Voy, señor.

RON.—Corre.

(Vanse: Roberto por el fondo izquierda, y Ronquillo por la izquierda.)

Van-Derken, embozado. Luego don Luis lo mismo.

DER.—Los dos salieron: bien calculé; la hora que señalé es ya; mas, gracias a Dios ya veo ahí detenido un embozado.

LUIS.—¡Hola! Ya me espera. ¡Hidalgo!

DER.—¿Quién va?

LUIS.—El diablo.

DER.—Muy bien venido.

LUIS.—¿Vos?

DER.—Diablo también.

LUIS.—Dios guarde a Satanás; y perdone

si esperó.

DER.—No os ocasione pesar eso, que no es tarde. Conque ¿qué hay?

LUIS.—Grandes noticias.

DER.—¿Y nuevas?

LUIS.—De ellas infiero que anda todo el pueblo entero festejando las albricias.

DER.—Sepámoslas, pues.

LUIS.

Oid:

pasado mañana está el Rey aquí, y a ser va la Corte Valladolid.

DER.—¡La corte aquí! Es ya proyecto concebido muy de atrás por el Rey.

LUIS.—Y ahora a efecto

lo lleva.

DER.—Bueno ¿y qué más?

LUIS.—La paz está ya firmada con Francia, y con tanta priesa, que nos manda una princesa por poderes desposada con nuestro rey don Felipe; y éste como el tiempo apura, la vuelta hacia aquí apresura porque no se le anticipe. Conque la guerra acabó.

DER.—Todo eso muy cierto es.

LUIS.—¿Sabáis...

DER.—Que el veintitrés de julio se efectuó la ceremonia en París. firmó el de Alba por el Rey,

y quedó conforme a ley

la boda.

LUIS.—Hizo con San Luis la paz Santiago.

DER.—Y sin miedo

de que otra traición le estringa, el Rey se embarcó en Flesinga y el siete arribó a Laredo.

Pero el tiempo no perdamos en relatos de política, que en situación harto crítica en este lugar estamos.

LUIS.—Cuando os le vi señalar para nuestra cita, a fé que un tanto extraña me fué la elección de tal lugar.

DER.—Pues es natural que así sea: el demonio habita esa casa, y pues os cita el diablo, ser debe aquí.

LUIS.—Tenéis razón.

DER.—¿Con que vos estáis de veras resuelto?

LUIS.—Y nunca la cara he vuelto, dada una vez, ¡vive Dios!

Os dije que mi razón me impelía a no aprobar ciertos fueros que arrogar se quiere la Inquisición.

De mi sospecha por ello, y en mi empleo y en quien soy, sé que si un paso atrás doy, arriesgo, tal vez el cuello; sólo a raya les mantiene contra mí, el darme favor mi tío el inquisidor.

DER.—Que de secretario os tiene.

LUIS.—Eso me vale; mas pronto saltar contra mí le harán, y no quiero ¡por San Juan! resignarme como un tonto.

Consérvome todavía con la inmensa facultad de mi empleo y dignidad; mas tal vez me dure un día, y estoy de una vez dispuesto a echar mano a mi poder contra ellos, y a poner mi cabeza en mejor puesto. Si así mi oferta admitis, hecha limpia y francamente, valgámonos mutuamente, que valdrá mucho.

DER.—Don Luis, jamás dudé en vuestro honor, mas no debí en compromiso tal ponerlos, sin aviso del riesgo que hay.

LUIS.—Con valor

entro en la empresa; con él sus consecuencias admito, y os juro ¡al cielo bendito! que seré muerto, mas fiel.
DER.—No hablemos más del asunto.
LUIS.—¿Queda hecho, pues, nuestro [pacto?

DER.—Satanás es siempre exacto.
LUIS.—Pues pasemos a otro punto.

¿Una carta...

DER.— La lei.

LUIS.—¿Supongo que...

DER.— Se quemó.

LUIS.—¿Disteis con la dama?

DER.— Aun no.

LUIS.—Pero ¿estáis en rastro?

DER.— Sí.

¿Y los papeles?

LUIS.— Aquí.

DER.—¿La Inquisición, pues...

LUIS.— La erró.

DER.—¿Podrá sorprenderos?

LUIS.— No.

DER.—¿Cuestión concluida?

LUIS.— Sí.

DER.—Esta noche ha de tener fin todo. ¡Alerta, por Dios!

LUIS.—Ya sabéis que os toca a vos mandar, y a mí obedecer.

DER.—Es decir, ¿que os hallaré allí siempre?

LUIS.— Siempre allí.

DER.—¿Con cuanto haga al caso?

LUIS.— Sí.

DER.—Pues allí os avisaré.

LUIS.—Con que me deis media hora, nada hará falta.

DER.— Me avengo.

LUIS.—A todo el mundo hecho tengo juguete mío hasta ahora.

DER.—¿Tan decidido, eh?

LUIS.— Os doy

con pleno conocimiento,

y con fe y convencimiento,

alma y vida y cuanto soy.

DER.—Cuanto se añada, es de más.

LUIS.— Con el corazón os hablo:

entero me doy al diablo.

DER.—Contad, pues, con Satanás.

Y en todo caso, don Luis,

acogeos sin dilación

al austriaco pabellón.

LUIS.—Lo haré como lo decís.

DER.—Y no os pesará jamás.

LUIS.—Conque hasta luego.

DER.— Idos, pues.

LUIS.—Adiós, señor Satanás.

DER.—Adiós, don Luis de Valdés.

(Vase don Luis.)

Van-Derken. Luego el doctor Robles.

DER.—¿Quién podrá, en esta ocasión, competir con Lucifer, teniendo a par el poder del diablo y la Inquisición? Mas el otro está ya aquí.

(Asoma el Doctor.)

Doc.—¿El diablo?

DER.— Y Austria.

Doc.— Señor...

DER.—Muy buenas noches, Doctor; más cumplidos remitid,

que es tarde. ¿Qué hay?

Doc.— Todo está.

DER.—¿El lego?

Doc.— Corre por mí.

DER.—¿El escultor habló?

Doc.— Sí.

DER.—¿Y lo otro?

Doc.— Os lo traigo ya.

DER.—¿A ver?

Doc.— En esta cajita.

va, metido en un frasquillo.

DER.—Pero ¿es remedio...

Doc.— Sencillo.

por demás.

DER.— Y ¿necesita

precauciones?

Doc.— Simplemente

en un líquido cualquiera

beberlo.

DER.— ¿Si en vino fuera...

Doc.—No hay ningún inconveniente.

DER.—¿Respondéis de su virtud?

Doc.—Sobre mi honor. El doliente

que use de él, del accidente

queda en completa salud.

DER.—Si no se pone mejor,

yo se lo haré administrar.

Doc.—¿Tenéisme más que mandar?

DER.—¿Dónde os hallaré, Doctor,

si os necesito?

Doc.— En mi casa,

como siempre; ni un momento

saldré de ella, sólo atento

a vos.

DER.— Recompensa escasa

no tendrá tal adhesión.

Doc.—Ya conocéis por demás,

que me entrego a Satanás

con todo mi corazón

DER.—Contad, pues, con su poder.

Doc.—Cuento ya con su favor.

DER.—Pues buenas noches, Doctor.

Doc.—Buenas, señor Lucifer.

Van-Derken Luego Roberto.

DER.—Adelante: en tal empresa,

cooperación bien extraña

es la que el diablo interesa;

mas ya está el diablo en campaña,
y no es el diablo un aliado
digno, en verdad, de desprecio,
que tiene el brazo muy recio
y el juicio muy despejado.
Mas por allí venir veo
a alguno ya.

ROB. (O veo mal,
o de mi puerta al umbral
que hay un embozado creo.)
(Tocan las ánimas.)

¡Eh, buen hombre, ¿qué hace ahí?
DER.—Por el tono en que está hecha
la pregunta, entro en sospecha
de que os busco a vos.

ROB. ¡A mí!
DER.—Sí, por cierto; ¿no sois vos
el bribón del hostelero
de esta tienda?

ROB. Caballero...
DER.—Vaya, abre, y entre los dos
vaciando un par de botellas
en buena paz, te perdono
la incivildad del tono
y el tiempo que a las estrellas
me has hecho que aquí te espere.

ROB.—Es mala ocasión, hidalgo.
y si el alma tiene en algo,
despeje.

DER. Según se infiere
de tus cortesyes modales,
no te trae con gran cuidado
hacer bueno o mal mercado.

ROB.—No, a fe.

DER. ¿Así de tus umbrales
despachas a un forastero
que fatigado se llega
hasta tu mala bodega
a dejar su buen dinero?

ROB.—En tal caso, no os asombre,
buen hidalgo, y perdonad
que os advierta que dejéis
el lugar, porque ya véis...,
las leyes de la ciudad
no permiten que mi tienda
a esta hora...

DER. Ya.

ROB. Además,
vos ignoraréis quizás
que la noche aquí... es tremenda.

DER.—¿Por qué?

ROB. Porque es esa casa,
según se dice, guarida
de algun ser de la otra vida...,
y en fin..., porque..., pues ..., si pasa...,
la ronda... y nos ve...

DER. ¡Pardiez!

Cada vez te va turbando
más tu cuento, y me va dando

más sospechas cada vez
de que eres un embustero.
ROB.—De cualquier modo que fuere,
pues la justicia no quiere
que venda más, caballero,
idos, ¡o por Barrabás,
que invocaré contra vos
la ley!

DER.—Vaya entre los dos
tres palabritas no más.

ROB.—Ni media; a la queda tocan;
y en fin, claro, no me quedo
con vos, porque tengo miedo,
que esas campanas evocan
los diablos que en esa obscura
casa habitan.

DER. Poco afán
te den: traigo un talismán
que de sombras me asegura.

ROB.—Vaya, camorra no quiera,
lárguese y téngalo a suerte.

DER.—Bien; mas antes voy a hacerte
una pregunta ligera.

ROB. Diga.
DER.—¿Has estado en Amberes?

ROB.—¿Qué os importa a vos?

DER. ¿Conoces
la calle de las Tres Voces?

ROB.—No.

DER. Pues haz lo que pudieres
por traer a tu memoria
esta calle, y vente en pos
de mí a su número dos.

ROB.—¡Cielo!

DER. Y sabrás una historia
que allí pasó, y que te debe
gustar... ¡Oh! Es cosa gentil.
Pues señor, era esto en mil
quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
de una noche obscura y fría,
cuando la puerta se abría
de la casa precitada.

Salió de ella un embozado;
hizo una seña; acudieron
otros tres: cuando se hubieron
los cuatro identificado,
se colocaron por fuera
de la puerta, por la cual
salió a poco, o vió muy mal
el que lo vió, una litera.

ROB.—¡Dios!

DER. Creo que ya he logrado
tu atención. ¡Oh! Ya verás.
Pues señor, salió detrás
de esta litera (embozado
también) otro personaje,
que apartando un poco al guía,
le dió..., pues, lo que debía,

instrucciones para el viaje.

ROB.—Pero...

DER. Un momento, y se acaba.

Salieron con gran sigilo de la ciudad, y tranquilo el que a viaje los enviaba, volvió a su casa juzgando seguro su porvenir.

Y aquí conviene seguir a los que van caminando. Atiende bien: pues señor, yendo camino adelante, dejaron atrás a Gante, y a Brujas, y hasta Neuport no pararon; desde allí, siempre con mucha cautela, para España dieron vela, y cátaelos aquí.

Bajo el cabo de Tordera fueron de noche a fondear, y vuelta a desembarcar los cuatro con su litera. De Castilla así la via tomaron: cuatro, ten cuenta, porque de Hoyos en la venta se menguó la compañía. Tomó unos hongos por setas uno, y dos que los comieron, a las seis horas murieron, cargaron con sus maletas los otros dos, y metiendo la litera en los pinares, llegaron sin mas azares a Simancas; mas queriendo en Valladolid entrar sin ser vistos, por las breñas del Pisuerga, a las aceñas llegaron de noche a dar. De unas barcas molineras asiendo una, río arriba llegaron a fuerza viva a tocar en las moreras. Entonces, dando uno de ellos sobre el otro de repente, le mató, y a la corriente le arrojó por los cabellos. Saltó, ató la barca, abrió la litera, y una dama sacando en brazos..., es fama que en la sombra se perdió.

¿Qué tal? ¿Es bueno el relato?

Roberto, ¿qué te parece?

ROB.—Que pagárgsete merece.

(Le tira una puñalada.)

DER.—¡Te vendiste, mentecato!

ROB.—¡Se ha despuntado sobre él el puñal!

DER. Gracias al cielo, me has rasgado el terciopelo.

mas es de acero mi piel.

Bien sabía de qué modo concluirías de oirme; mas no has de poder huirme sin que te lo diga todo.

¿Sabes el hombre quién era?

Tú.

ROB.—¡Yo!

DER. Tú: ¡oh! lo sé de cierto.

Pero ¿dónde está, Roberto, la dama de la litera?

ROB.—No lo sé.

DER. Luchas en vano conmigo, estás bien sujeto.

ROB.—¡Oh! Soltad.

DER. Estate quieto, o te hago polvo la mano.

¿Dónde está? Lo sabes.

ROB. Sí;

pero nunca os lo diré.

DER.—Pues yo te lo arrancaré.

(Abrese la puerta de la derecha.)

ROB.—¡A mí, don Rodrigo, a mí!

Roberto, Van-Derken, Ronquillo y Ronda

RON.—¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Pendencia?

ROB.—Quitadme este hombre, señor.

RON.—Sujetadle.

ROB. Es un traidor,

DER.—No, que soy vuestra conciencia.

RON.—Maniatadle.

DER. ¡Atrás, canalla!

RON.—¿Resiste?

DER. ¿Para qué? No.

Entre vosotros y yo hay una invisible valla que nunca podréis romper.

RON.—¿Cómo no? A verlo vas.

¡Ea, a él!... ¡Oh! Preso estás.

DER.—Ronquillo, no puede ser;

tú me puedes sepultar en la cárcel más sombría,

pero una palabra mía

a mis pies te ha de postrar.

RON.—Imbécil, me haces reir,

No doblará mi justicia

la fuerza ni la malicia.

¡Necio! ¿Qué me has de decir

que el pavor en mi alma siembre?

Veremos a quién apelas

en mi prisión.

DER. A Bruselas, y al veintidós de Noviembre.

RON.—¡Santos cielos!

DER. Don Rodrigo,

que os guarde Dios. Vamos.

RON.

No.

Tened.

DER. Bien sabía yo que no podiais conmigo.

RON.—Apartad.

ROB. Ved lo que hacéis,

señor; ese hombre maldito

tiene un poder infinito.

RON.—Déjanos. Ya me tenéis

solo con vos: caballero,

ese recuerdo invocado

tan a tiempo, ha coartado

mi justicia. ¿Qué queréis?

¿Qué hacéis aquí? ¿Con quién hablo?

¿Quién os puso de ese abismo

sobre la boca?...

DER. Yo mismo.

RON.—¡Vos! Pues ¿quién sois vos?

DER. El diablo

RON.—¿Os burláis?

DER. Vais a juzgar

por lo que os voy a decir.

Tened, pues, a bien oír

lo que os tengo que contar.

Bruselas y veintidós

de Noviembre...; estoy fijando

la escena: años van pasando

del nacimiento de Dios,

mil y quinientos cuarenta

y ocho; mas tal vez el caso

sepáis, estabais de paso

en Bruselas, según cuenta:

pues señor, allí vivía

un noble de aquel país,

varón recto, don Dionís

Van-Derken; el cual tenía

una hija hermosa y doncella

a quien un juez que llegó

del extranjero, pidió

para casarse con ella.

Era hombre de gran favor

este juez; depositario

del afecto y secretario

del difunto Emperador;

mas fugado de su tierra

porque su conducta cruel

había puesto con él

a todo su pueblo en guerra.

Don Dionís, que protestante

era, y que además sabía

que su hija le aborrecía,

se la negó. En este instante

allí el Príncipe llegó

recorriendo sus estados;

y a poco a los obstinados

galanteos se rindió

la doncella de un galán

castellano, seductor,

que la embriagó con su amor

y se decía un don Juan.

Mas una noche, al dejar

la casa por un postigo

oculto, aquel enemigo

de juez sobre él vino a dar.

Tiré de la manta yo,

desembozóse el amante,

y el juez, al ver su semblante

de hinojos ante él cayó.

Debió de ver doña Inés

desde el balcón tal escena,

porque, de lágrimas llena

y de su padre a los pies,

nombró al infiel seductor,

y el padre, brotando fuego,

¡nró ir a quejarse luego

ante el mismo Emperador.

Emprendió, pues la jornada

en su busca hacia Bredá,

llevando con él allá

su doña Inés infamada.

Para probar del galán

la traición, ya veís, tenía

las cartas que la escribía

bajo el nombre de don Juan.

Y como el mozo imprudente,

creyendo que su poder

a hija y padre enmudecer

lograria de repente,

la escribió por despedida

una carta que firmaba

con su nombre, y que probaba

qué padres le dieron vida.

RON.—Pero...

DER. Escuchad que concluyo:

aquel maldito billete,

de letra igual a otros siete

de don Juan, daba por suyo

claramente lance tal;

cuyo final divulgado,

le iba a atraer de contado

el desprecio universal.

Llamó entonces a aquel juez,

conociendo bien quién era,

y le dijo que pusiera

fin a aquello de una vez.

A los tres días, volviendo

don Dionís a su hoppedaje,

en Amberes dió a su viaje

temprano fin, concluyendo

a puñaladas la vida.

Y unas tres horas después

salió de allí doña Inés

para España, conducida

cerrada en una litera.

Y ahora os falta solamente

saber quien era la gente

de esta historia verdadera.

RON.—¡Callad, callad!

DER. No, ¡por Dios!

fuerza es que os lo participe

del todo: el rey don Felipe

era el galán; el juez vos;

el que a puñaladas muerto dejó a don Dionís, y a Inés trajo a Castilla después por orden vuestra, es Roberto.

RON.—¡Todo lo sabe!

DER. Sí, todo.

Las ocho cartas cogidas a doña Inés, reunidas conserváis, y de este modo, si el Rey os quiere perder, con remitirlas al Papa tendré el Rey que hacer os capa, su honor para mantener.

El juego es como perverso seguro, pues de los dos, solo él juega contra vos, y en su contra el universo.

Pero no se os advirtió que, tras vuestro juego a vueltas, tomando las cartas sueltas, os conozco el juego yo.

RON.—(¡Ira de Dios! ¿Qué hombre es éste ante mis pasos opuesto?)

Más es fuerza salir de esto pronto..., y cueste lo que cueste.)

La historia sabéis de coro, y aunque acaso mía no es, cuál decís, veamos, pues, qué queréis con ella. ¿Es oro?

DER.—Tengo más del que deseo.

RON.—¿Es nobleza?

DER. Soy tan noble como un rey.

RON.—¿Es poder?

DER. Doble que vos, como véis, poseo.

RON.—Con poder, oro y nobleza, no sé qué queréis de mí, cuando me venís así a entregar vuestra cabeza.

DER.—Ya os dije que entre nosotros hay una valla imposible de saltar.

RON. Todo es posible tal vez...

DER. Será para otros. ¿Conque no os inspira Dios, noble, rico y con poder, qué es lo que puedo querer, señor Ronquillo, de vos?

Y en lo que puedo querer, ¿tenéis aún algún caparó? Lo que quiero está bien claro: las cartas y la mujer.

RON.—¡Voto a...

DER. Nada; es muy sencillo; vos de pillo nos la dais, y como juego jugáis; va, a lo más, de pillo a pillo.

RON.—Mil veces no: antes al Rey me entregaré.

DER. Mas sin fruto.

Yo sé que os pondréis astuto y cubiertos de su ley, si le decís con tesón:

«O por las cartas que os doy libre a otro reino me voy, o entrego a la Inquisición la mitad de ellas, y envío a Roma la otra mitad.»

Y pensáis bien, en verdad, si al Rey veis...; mas no lo fío.

RON.—¿Qué es lo que queréis decir?

DER.—Que el Rey vendrá.

RON.— Y pronto, a fe.

DER.—Para vos, tarde.

RON. ¿Por qué?

DER.—Acabaréis de morir.

RON.—¡Oh! Ya apuráis mi paciencia.

DER.—Mirad que va en la partida la vida contra la vida.

RON.—Fuerza es ganar la existencia a cualquier coste; y pues ya el juego está conocido, dad el vuestro por perdido.

¡Ho!a! (Llama a su gente.)

DER.—Un momento: otro está en el secreto, en unión conmigo, y si un día falto,

se planta al punto de un salto en la santa Inquisición;

de todo ello la previene, y el Rey..., es Rey...; conque vos

iréis a dar cuenta a Dios por ambos...; ved si os conviene.

RON.—¡Nudo infernal!

DER. Y apretado: un nudo gordiano, Alcalde;

querer romperle es en balde, y aflojarle es arriesgado.

Conque os tengo que perder, o la tengo que salvar;

ved, pues, si me queréis dar las cartas y la mujer.

RON.—¡Nunca!

DER. Ved que osaré a todo; que os espío sin cesar,

y que tengo de lograr mi intencion de cualquier modo.

RON.—¡Nunca!

DER. En tres días con hoy llega aquí el Rey; sed prudente;

pensadlo maduramente: veinticuatro horas os doy. (Vase.)

Ronquillo y el Cabo de la ronda.

CAPO.—Señor, ¿le hemos de prender?

RON.—No, no. Id sin mí a rondar.

CAPO.—¿Os volvemos a buscar?

RON.—Tarde; ahora tengo que hacer.
(Vanse todos, Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.)

Ronquillo y Roberto.

RON.—Se ha desatado el infierno esta noche contra mí.

¡Oh! ¿Quién trajo ese hombre aquí?
¿Quién es?... ¿Quiénes?... ¡Dios eterno!

Todos, todos en un día mis planes desbarató:

todo me lo sorprendió.

¿Sueño? No... ¡Horrible agonía!

Es, por desdicha, muy cierto

todo... y ¿un medio no habrá

que de él me libre? Quizá...;

más pronto ha de ser. Roberto...

RON.—Señor...

RON. ¿A ese hombre conoces?

ROB.—No, señor.

RON. ¡Qué imbécil eres!

ROB.—Señor, conoce en Amberes la calle de las Tres Voces.

RON.—Y algo más.

ROB. ¿Más?

RON. ¡Todo, todo!

ROB.—Lo temí.

RON. ¡Y aquí, Roberto,

le has tenido, y no le has muerto!

ROB.—¡Guardóle Dios!

RON. ¿De qué modo?

ROB.—Cuando esa historia fatal

vi que sabía, derecho

mi golpe le asesté al pecho.

RON.—¿Le erraste?

ROB. Saltó el puñal.

RON.—¡Oh! A todo está prevenido.

ROB.—Más de él es fuerza salir.

RON.—Si de esta casa ha podido

el misterio descubrir...

ROB.—¿Habló de ello?

RON. No.

ROB. En tal caso

no sabe nada, y claro es;

preguntó por doña Inés;

y ahorrar semejante paso

debió, porque es evidente

que por ella preguntar

era venir a mostrar

que ignora completamente

dónde está.

RON. Cierto.

ROB. ¡Oh, muy cierto!

Dió un paso en falso.

RON. Es verdad.

Sacarla de la ciudad

es necesario, Roberto.

La misma superstición

con que habemos esta casa

cercado, será ya escasa

valla a nuestra salvación.

ROB.—El vulgo está persuadido.

RON.—Y era ya fe universal;

hasta el santo Tribunal

está de ello convencido.

¡Oh! Mientras en ese asilo

se la pudo hacer vivir,

bien podíamos dormir

con el corazón tranquilo.

Nadie a sospechar llegó

jamás que yo le guardaba.

ROB.—Ni que al infierno mandaba

a los imprudentes yo.

RON.—Sí, pero desde este instante

todo esto pende de un pelo:

no sé qué hacer, ¡vive el cielo!

ROB.—Señor, lo más importante

es alejarla de aquí

si os habéis de asegurar

y si queréis conservar

pruebas que os salven.

RON. ¡Oh, sí!

Mas alguien llega.

ROB. Embozado

se acerca un hombre.

Roberto, Ronquillo y Espfa.

RON. ¿Quién va?

Esp.—¿Alguno razón me da

de la casa o del Juzgado

de don Rodrigo Ronquillo?

RON.—Yo mismo soy.

Esp. Pues tomad.

(Le da un pliego.)

RON.—¿De quién?

Esp. De su majestad.

RON.—¡Del Rey!

Esp. Y debéis abrillo

al instante.

RON. ¿Es tan urgente?

Esp.—Abridlo y ved.

RON. Ya está abierto:

acerca esa luz, Roberto. (Roberto, acer-

cando la luz, se dispone a ver el pliego; el

espía se la quita de la mano y alumbra.)

Esp.—Trae.

RON. ¿Qué hacéis?

Esp. No es conveniente

que los ojos de un villano

se posen en los renglones

donde regias instrucciones

os envía el Soberano.

RON.—Largo escribe.

«Don Rodrigo: Dentro de dos días

llegará a Valladolid, mi nueva corte, y

vos sois el primero a quien quiero ver

en mi palacio. El portador de este plie-

go debe ser recibido a vuestro servi-

cio desde el punto en que os lo entre-

gue. Jefe de vuestras rondas, secreta-

rio de vuestro Juzgado y mayordomo de vuestra casa, no se separará de vos hasta que nos veamos. He oído decir que hay una casa contigua a la vuestra, conocida por la Casa del Diablo, y esto me ha hecho pensar en que para alejar de él importunas curiosidades, conviene a mis intenciones que conserve cierto prestigio sobrenatural, a lo que ayudará, como veréis, su traje y su fisonomía. Por lo demás, mi confianza tiene, y en él ha de ser la vuestra depositada. Mas no por eso os coartará en nada la voluntad. Cuando le habléis escuchará; cuando le mandéis obedecerá. Su señor sois, y vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño de que él no participe. Y si (de lo que os guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras funciones os ocurriera sucumbir en defensa nuestra, caer deberá él delante de vos. Tal es la voluntad de vuestro Rey.—*Felipe segundo.*

RON.—Mucho con vos se fia el Rey.

ESP. Ya lo veis.

RON.—Yo espero que cumpliréis bien.

ESP. Y yo, mediante Dios.

RON.—En casa os daré aposento y cuanto hayáis menester.

y empezareis a ejercer vuestro cargo en el momento.

ESP.—Tal es la Real voluntad.

RON.—Que entera se ha de cumplir.

ESP.—Mandad, ya empiezo a servir.

RON.—No, esta noche descansad.

ESP.—Mandó el Rey que ni un instante... nos apartemos.

RON. Yo os mando que descanséis.

ESP. ¿Hasta cuándo?

RON.—Hasta la cena. Id delante.

Gil...

Gil. Señor...

RON. Alumbra y guía a mi aposento a este hidalgo, y de cuanto tengo y valgo es dueño en ausencia mía.

ESP.—Señor... (Saludando.)

RON. Remitid cumplidos, y subid.

Ronquillo y Roberto

RON. ¡Viven los cielos. que el Rey viene con recelos de que he de dejar fallidos sus afanes! ¡Sí por Dios! Es un testigo, un espía eterno lo que me envía:

mas nos veremos los dos.

Rob.—¿Qué hay, señor?

Ron.

Llueven azares

en esta noche maldita:

otro diablo.

Rob. ¡Cruz bendita!

RON.—Los echa el infierno a pares.

Rob.—Pero ¿quién es?

Ron.

Un espía

que, del diablo bajo el nombre, me envía el Rey en ese hombre;

(El balcón se entreabre.)

mas tenemos todavía

algunas horas delante,

y no me harán desmayar

mientras pueda aprovechar

la ventaja de un instante.

Roberto, vas a partir

con la mujer que se encierra

en esa casa: pon tierra

por medio.

Rob.

¿Dónde he de ir?

RON.—No lejos: a mi castillo

de Fuensaldaña, que importa

que estén a distancia corta

las venganzas de Ronquillo.

Guárdala en una mazmorra,

y vuélvete en la noche alta.

que un siervo fiel me hará falta

que a par mis peligros corra.

Desde tu vuelta, jamás

te me apartes, y si muero

a traición, como lo espero,

sobre mi pecho hallarás

un relicario de plata

que llevo al cuello colgado:

rómpele, pues, sin cuidado,

verás unas cartas que ata

un delicado cordón:

hay ocho; cuenta las siete,

y al punto a entregarlas vete.

Rob.—¿A quién?

Ron.

A la Inquisición.

Rob.—¿Y la que queda?

Ron.

Al Vicario

apostólico; y al punto

huye, o cuéntate difunto.

A más un breve sumario

de mi mismo puño escrito

te haré, que te ilustraré:

voy a escribirle: más, ¡ah!

con ese espía maldito,

en mi cuarto no podré.

Rob.—En el mío.

Ron.

Vamos, sí:

lo dispondré todo allí

y por la cava entraré

que a mis aposentos pasa,

sin ser visto. Vamos presto,

(Entran. — Se asoman el espía y Van-Derken, uno a la ventana y el otro a la esquina,

El Espía y Van-Derpuken

ESP. ¡Por la hostería!

DER. ¿Qué es esto?

¿Entra por allí a su casa?

ESP. — Llegan. (Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto,

DER. — Diligencia vana fué cerrar; le ví... ¡Hola, hola!

¿A quién se hará creer que sola se abre y cierra una ventana?

Reflexionemos. Aquí

la hostería; frente a frente

su casa, que claramente

tiene entrada por allí;

la Casa del Diablo en medio

de la plaza, y un espía

desde allí... ¡Por vida mía!

Ya son míos sin remedio.

Todo al fin lo comprendí.

Míos son. Mas ¿quién va allí?

ESP. — (Saliendo por la puerta de la derecha)

Quien cuenta a pediros va

qué es lo que esperáis aquí.

DER. — Llegaos.

ESP. Y vos.

DER. Bien.

ESP. Bien.

DER. — ¿Con quién estoy?

ESP. Con el diablo.

DER. — ¡Jesús!

ESP. Y yo, ¿con quien hablo?

DER. — ¿Vos? Con el diablo también.

Mas tened en cuenta vos

que no somos de igual grey;

vos sois el diablo del Rey,

yo soy el diablo de Dios.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. — Es de noche. — Abierta la escena el teatro permanece solo un momento.

Después se oyen dar las once y media en un reloj de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presentan en la escena don Luis que sale embozado por la derecha y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna. — Debe verse claramente que es una cita.

DON LUIS Y VAN-DERKEN

LUIS. — (Mirando.)

Aun no está, y la hora es.

DER. — Allí está.

LUIS. ¿Cómo! ¿Salís de ahí?

DER. Silencio, don Luis; todo es nuestro.

LUIS. ¿Cómo, pues?

DER. — Dentro de su casa ya el infierno les metí, y al volver su dueño allí, don Luis, con lo diablos da.

¿Me comprendéis?

LUIS. Sí, muy bien.

El puesto han abandonado...

DER. — Y el diablo les ha ganado las vueltas.

LUIS. ¿Tenéis también la dama?

DER. Está asegurada; y ahora sí que con razón pueden de esa habitación decir que está endemoniada.

¿Y vos?

LUIS. Todo está. (Enseñándole un papel)

DER. Rumor

oigo: apartémonos ya.

Volved al puesto que os dí, y aguardad tranquilo allí mis órdenes.

LUIS Bien está.

DER. — Yo lo he dispuesto de modo, que sin peligro ni ruido

podrá quedar sorprendido

en breves instantes todo.

LUIS. — Adiós pues.

DER. Adiós.

(Vanse: por la izquierda Van-Derken, y don Luis por la calle del fondo.)

Ronquillo y Roberto, por la derecha

RON. Estamos

a salvo. Toma el papel,

Roberto: tendrás con él francas las puertas.

ROB. Pues vamos, señor; manos a la obra.

RON. — Ten mucha cuenta: oírás una serenata: ¿estás?

Entonces habrá de sobra tiempo y ocasión. Mi gente haré que aquí cerca se halle: conque ganas esa calle, y a Fuensaldaña,

ROB. Corriente.

RON. — En cuanto al maldito espía, ordené que entre el tumulto le busquen tantos el bulto, que en paz nos deje a fe mía.

Conque entra, y mucha atención.

ROB. — Descuidad.

(Entrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.)

Ronquillo,

Tenga yo suerte

esta noche, y soy más fuerte

que el Rey y la Inquisición.

¿Creiste, al mirarte loco

de medio universo dueño,
que era un hombre muy pequeño
y una afrenta era bien poco?
Enseñarte quiero, pues,
que no hay quien tanto levante,
que decir pueda arrogante:
Todo el mundo está a mis pies.
¡Oh! ¡Por Dios, que has de envidiar,
si mi vuelo has de seguir,
mi viento para subir,
mis alas para volar!
¡Hola! Vuelven mis lebreles
por mí.

Ronquillo y una Ronda.
CABO.—Señor, Dios os guarde.
RON.—¿Qué hay?
CABO. Se recogen tarde
los vecinos hoy.

RON. Son fieles
a su Rey, y como saben
que aquí con su corte viene,
lo celebran. Más conviene
que sus festejos acaben.
Id, pues, el barrio a limpiar,
y haced que nadie transite
por él. (Al cabo.)

Tal vez necesite
de vos: oid. Al sonar
las doce, traed la gente
por esa calle, en la cual,
hasta que oigáis mi señal,
estaréis ocultamente:
oiréis una serenata
de esa otra calle al emboque;
quietos, y dejad que toque:
tendréis música barata.
De esa esquina por la reja
una mujer sacarán
con disimulo, y se irán.
Cuando veáis que se aleja
la serenata de aquí,
os ponéis sobre su pista,
y sin perderla de vista
vais donde vaya: si así
se llegan de la ciudad
a algún extremo, y la puerta
les niegan, haced que abierta
les sea, y vayan en paz;
más si antes de que concluya
del todo la serenata
oís mi pito de plata,
salid, y que nadie huya,
¿Entendisteis?

CAB. Sí, señor.
RON.—Id, pues, y alerta.
(Vase el Cabo con su ronda.)
Ronquillo. Después Gil.
RON. Veamos
ahora en casa cómo estamos

con mi regio embajador.

Gil... Señor...

(Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocultándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaución a la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.)

RON. ¿Y el forastero?

GIL.—En vuestro aposento.

RON. ¿No

salió de él?

GIL. Sí que salió.

y sospecho que primero
abrió el balcón para ver
a alguno que fuera estaba.

RON.—Y ¿ha tardado mucho?

GIL. Acaba
casi ahora de volver.

RON.—¿Habló en casa con alguno?

GIL.—Con nadie; y según parece,
le aconteció o le acontece
contratiempo inoportuno.

RON.—¿Por qué?

GIL. Porque ha vuelto inquieto,
confuso y descolorido.

RON.—(Habrà mi rastro perdido,
y duda lograr su objeto.)

Gil, dile que aquí le aguardo.

(Gil entra en la casa; un momento después
sale el Espía de ella.)

Ronquillo y Espía.

RON.—(¿Espía del Rey?... ¡Por Dios,
que se han de llevar los dos
solemnísimo petardo!)

¿Descansasteis?

ESP. Nunca siento
cansancio para el servicio
del Rey.

RON. Pues en ejercicio
vais a entrar desde el momento.

ESP.—Mandad.

RON. Antes es preciso
aclarar entre los dos
qué soy yo aquí, y qué sois vos,
para ir ambos sobre aviso.

ESP.—Señor, ¿no os lo escribe el Rey?

«Hablad, y os escuchará;
mandad, y obedecerá.»

Oír y obrar es mi ley.

RON.—Sí, mas en vos me señala
secretario y mayordomo,

tutor creo. Y esto ¿cómo
con obedecer se iguala?

Si mi casa gobernáis,
mi correspondencia veis,

de mis rondas disponéis,

¿obedecéis o mandáis?

¿Bajo qué aspecto desde hoy

os mostraréis a mi lado?

Esp.—Su Majestad os ha dado
a entender bien lo que soy.

Ron.—Su Majestad hizo mal
en no explicarse mejor.

¿Qué es decir que os dé el valor
de un ser sobrenatural?

¿Piensa el Rey que su justicia
necesita ese misterio,

o cre que en mi ministerio
me hallo falto de pericia?

El Rey discurre que os deís
de Satanás la apariencia;

si lo podéis en conciencia
efectuar, vos lo sabréis.

Yo ni reto a Satanás,

ni ultrajo la religión,

y temo a la Inquisición
para osar a ello jamás.

Y en fin, arguye malicia

y es un falso testimonio

a la verdad, que el demonio
acompañe a la justicia.

Esp.—Yo no traigo facultad
para discutir con vos.

Servir al Rey manda Dios,

serviros su autoridad.

Yo os debo de obedecer

y os debo de acompañar;

debo oír, ver y callar,

pero a él sólo responder.

Ron.—¿Es decir que vais, amigo,

a hacer el doble papel,

de espía para con él,

de traidor para conmigo?

Esto es, que están mis secretos,

mis actos, mis pareceres,

y hasta mis mismos deberes,

a vuestra inspección sujetos.

¿No es así? Pues escuchad:

si a esto habéis aquí venido,

volveos, y que os despidió
decid a Su Majestad.

Esp.—¿Cómo!

Ron.— Si no me separa

de la dignidad que tengo,

ni aun al mismo Rey me avengo

a dar a torcer mi vara.

Esp.—Nada alcanza mi impericia

antes que su augusta ley.

Ron.—Lo primero no es el Rey,

señor mío, es la justicia.

Y si el Rey mismo a pecar

contra ella osado se atreve,

mientras yo esta vara lleve.

ni el Rey se me ha de escapar.

Harto os he dicho: entendedme,

y arreglaos a ello en tanto

que aquí estáis.

Esp. Sabe el Rey cuanto

os debo, señor; creedme.

Ron.—Bueno está: entendedme os digo.

y pues vamos compañeros,

ya sabéis a qué ateneros

para caminar conmigo,

mas ved que si en falso os pillo,

mas que pese a su Real ley,

os las habréis vos y el Rey

con el alcalde Ronquillo.

Esp.—(Decidido es el Alcalde.)

Ron.—(Taimado es el tal espía.)

Esp.—(Será en balde su osadía.)

Ron.—(Su astucia ha de ser en balde.)

Ahora empezad a juzgar

vuestro endiablado papel;

sabio sois, pues sois Luzbel.

Mirad cómo vais a obrar.

Podéis esa orden leer

del Santo Oficio, en la cual,

a un hombre muy principal

manda esta noche prender.

Y pues sois mi secretario,

leed alto. (Linterna.)

Esp. Dice así.

«Un noble mancebo, atrevido y ena-

morado, se ha propuesto robar de la

casa de sus padres a la engañada don-

cella que es objeto de su pasión. Fiado

en el pavor que inspira al vulgo la Casa

del Diablo, y seguro de que por ello no

han de osar los crédulos vecinos que

a su alrededor habitan ni aun asomarse

a las ventanas, la sacará esta noche

por una cancela que su jardín tiene, du-

rante una serenata, que es para ella la

señal convenida. En consideración al

decoro de su familia y a la elevada no-

bleza del mancebo, es la voluntad de

Su Eminencia el Inquisidor general

que sean tan hábilmente sorprendidos,

que ni haya en la calle escandaloso es-

trueno, ni los padres de la dama se

apercibaa de su deshonra. Para conse-

guirlo, pues, es preciso que, dejándo-

les al parecer consumir su fuga, quede

la doncella dentro de su casa antes de

amanecer, y asegurado el mancebo has-

el día siguiente, que será presentado

a su Eminencia el Inquisidor general

D. Fernando de Valdés, Arzobispo de

Sevilla; quien recomienda el desempe-

ño de esta comisión delicada a la acti-

vidad y discreción del Alcalde de casa

y corte D. Rodrigo del Ronquillo.»

Ron.—Para coger, pues, aquí

a ese mozo temerario,
oid lo que habéis de hacer,
que pues os he de fiar
lo que por mí ha de pasar,
ahora os he de menester.
Con oro o miedo he ganado
a todos sus confidentes;
de manera que sus gentes
son vuestras por de contado.
¿Conocéis las calles?

ESP. Sí.

RON.—¿Sois de la ciudad?

ESP. No a fé;

mas ha tiempo que habité
más de seis años aquí.

RON.—Bien: en la Plazuela Vieja,

y número diez y seis,
junto a su puerta veréis
con celosía una reja.

Llamad a ella; saldrán
seis hombres enmascarados;
son los músicos buscados
por el mancebo galán,

que traerán sobre su huella
una litera cerrada
por el mozo destinada

a llevar a la doncella.
Tienen orden de seguirus.

Calle adelante echaréis,
y aquí con ellos vendréis;
y porque pueda sentiros

yo, que entonen la canción
que ha compuesto contra mí
Cristóbal Benameji:

es la mejor precaución,
para que nadie se asome
a mirar lo que aquí pasa,

sabiendo que ésta es mi casa,
y que es muy fácil que tome
venganza de insulto tal.

En esa calle postrera
haced quedar la litera;
cuando lleguéis, otra igual

habrá aquí por gente fiel
conducida: en ella irá
otra mujer que está ya

instruída en su papel:
se alejará entre mi gente,
y el mozo que cerca espera,

viendo dama en la litera,
la seguirá erradamente.
Mi ronda hará lo demás;

vos en tanto os quedaréis
a esa puerta, que oiréis
abrir por dentro: sin más

esperar, hablar, ni oír,
daréis a quien se presente
esta carta, y prontamente

cerráis, sin dejar salir

a nadie: y con tal prudencia
quedará ella con honor,
y a dar vendrá el seductor
a manos de su Eminencia.

¿Habéis comprendido?

ESP.

Todo,

RON.—Pues andad, que darán presto
las doce, y es fuerza que esto
se concluya y de este modo.

RON.—Bien, todo va bien. En vano
luchas conmigo, y mi muerte
deseas porque tu suerte

tengo yo ¡oh Rey! en mi mano.

En tu gracia he de morir,
y en vida me has de temer,
o funesto te ha de ser

el amar y el escribir.

Tu padre el Emperador

secretos fió a mi fe,
con los que a fuerza obtendré
de ti mismo igual favor.

Por ellos parti a la par
con él su imperial poder.

Mi rival quisiste ser,

y por mí no ha de quedar.

Tú atropellaste mi amor

con tu poder soberano,

mas hoy pende de mi mano

la balanza de tu honor.

Otros cortesanes viles

con honores se contenten,

y por dichosos se cuenten

con adularse serviles.

En una mirada tuya

funden su dicha menguada,

sin pensar que otra mirada

es fácil que les destruya.

Ese oropel exterior

a los necios abandono;

yo, aunque te pese, ambiciono

más positivo favor.

De tí a mí será la lucha;

mas será con armas tales,

que de no quedar iguales,

sacarte he ventaja mucha.

Partirá el cetno, aunque a oílo

no llegue jamás el mundo,

el rey Felipe segundo

con el alcalde Ronquillo.

Gil...

GIL.—(Dentro.)

Señor...

Ronquillo y Gil.

RON. Baja mi espada;

mantener quiero a la vez,

como hidalgo y como juez,

el honor de esta jornada.

GIL.—Tomad.

RON. Las ventanas cierra.

Gil; y cuenta cómo sales
ni siquiera a los cristales,
aunque sientas que la tierra
se hunde.

GIL. Señor, si de mí
necesitáis...

RON. No, por cierto;
ciérrate bien, y te advierto
que a nadie abras.

GIL. Lo haré así
Pero si dado fuera
decir lo que pienso...

RON. ¿Qué?

GIL.—Si me dá vuesa mercé
permiso...

RON. Di.

GIL. Una quimera
será acaso de mi oscura
ignorancia.

RON. Circunloquios
deja, que para coloquios
no estoy ahora, y se me apura
la paciencia.

GIL. Pues señor,
con franqueza y de una vez:
solo y de noche, ¡pardiez!
tengo en casa...

RON. ¿Qué?

GIL. Pavor.

RON.—¿Pavor tú, que tienes fama
de hombre de tal corazón,
que hay quien apuesta por tí
para reñir contra dos?
Te burlas.

GIL. No son los hombres
a los que temo, señor.
En lances bien apretados
me habéis metido, y ¡por Dios
que os dejé bien! ya lo visteis.

RON.—¿De quién es pues, tu temor?

GIL.—No lo sé.

RON. ¡Gil!

GIL. Perdonadme
si asaz importuno estoy;
mas permitid que os recuerde
la noche en que vos y yo
entramos en esa casa.

RON.—Mandóme la Inquisición
registrarla.

GIL. Y así fué,
que una pieza no quedó
por mirar.

RON. Bien; y en seguida
dejamos el interior
abandonado; cerráronse
las entradas; se tapió
su piso bajo, y sellóse
con discreta precaución
cada nueva cerradura

que el Santo Oficio mandó
poner; dieron escribanos
fe de ello; y en conclusión,
quedó a un abandono eterno
condenada, Gil, en pro
del bien público, y por dar
fin a la maligna voz
de que era casa de hechizos,
y del diablo habitación.

Mas nada hallamos en ella,
y desde esto) aconteció,
no hay tampoco más que el miedo
con que la superstición
por las pasadas consejas
sus cavidades pobló.

GIL.—Tal creí yo, más sospecho
que estamos en un error.

RON.—¿Por qué?

GIL. Porque, la verdad,
señor juez, mientras que yo
aguardando vuestra vuelta
tras los vidrios del balcón
velo por las noches, noto...

RON.—¿Qué notas?

GIL. Que mientras vos

con el espía Roberto
estáis en conversación
en su casa, dentro esotra
pasa algo que no sé yo
explicar, pero que prueba
que hay quien mora esa mansión.

RON.—Y ¿de qué lo infieres tú?

GIL.—De que yo he visto, señor,
pasar luces a través
de las maderas, y son
oí de voces humanas,
y lamentos de dolor
dentro de aqueste recinto.

RON.—Y ¿has oído alguna voz
conocida?

GIL. Aunque la hubiera,
me lo estorbara el temor;
que a cada paso he temido
ver abrirse algún balcón
o ventana, y asomarse
algún vestigio feroz
del infierno.

RON. Vaya, Gil,
sólo tu imaginación
pudo fingir tales sueños
Entra y vive sin temor

de que las ventanas se abran
de esa desierta mansión.

GIL.—¿Y si nos equivocáramos
y hubiera en ella...

RON. Sé yo
que no hay quien pueda salir
ni asomarse al exterior.

GIL.—Más ¿si se asomaran...

RON. Gil,

basta de conversación.
Si esas ventanas se abrieran,
cual tu miedo imaginó,
y ser humano por ellas
se asomara, sabe Dios
que quien más se asombraría
del caso tal, fuera yo.

GIL.—¿Vos?

RON. Es claro. ¿No fué a mí
a quien se dió comisión
de penetrar sus misterios
y despejar su interior
de cuantos seres nacidos
en ella hicieren mansión?
La Iglesia, si había diablos,
los diablos exorcizó;
los hombres, si los hubiera,
en mis manos dieran.

GIL. ¡Oh!

Eso sí, y no lo pasaran
muy bien.

RON. Gil, a fe que no.
Entra, púes, y cierra bien;
y no pongas atención
en ruidos ni resplandores
de luces, que del vapor
son fantásticas ficciones.

Y pues garantizo yo
la soledad de esa casa,
quimeras y no más son.

GIL.—Muchos años lealmente
os he servido, señor;
y aunque sueños míos, de ellos
fué ley el daros razón.

RON.—Te conozco, y lo agradezco;
mas ya te he dicho que yo
respondo de todo al vulgo,
al Rey y a la Inquisición.
Entra.

RON. Criado leal,
que vive sin inquietud,
conservando su virtud
en el templo de Belial.

¡Oh, quién tuviera la calma
que tiene en su corazón,
atento a su obligación,
y a la quietud de su alma!

¡Cuánto envidio su ventural
Trocara por su bajeza
esta vida de grandeza,
tormentosa e insegura.

¿Qué digo? ¡Cuán necio soy!
Ya no es tiempo de cejar. (Música a lo
lejos, que se acerca más caña vez.)
Mas siento gente llegar;
me aparto...; temblando estoy.

(Ronquillo se aparta a la izquierda. Poco
después bajan a la escena seis músicos, que

vienen cantando la 1.^a estrofa de la canción
y guiados por un embozado.)

El Embozado y los músicos se llegan a la
esquina de la casa de la derecha cantando,
y en ella se paran. Al mismo tiempo sale de
casa de Roberto otro Embozado y una litera
conducida por dos enmascarados, y se colo-
ca entre los músicos, que en cuanto tienen
en medio de ellos la litera, se alejan cantan-
do la 2.^a estrofa, El Alcalde Ronquillo, que
presencia todo esto con muestras de satis-
facción, se acerca al Embozado que sale de
casa de Roberto, el cual le contesta seca-
mente y sigue su camino.

RON.—(Ellos son..., ¿Si estará listo
mi buen Roberto?)

CANCION

ESTROFA 1.^a

Niñas vallisoletanas,
si os desvela amor quizá,
no habráis hoy vuestras ventanas,
que de ronda el diablo está.

¡Ja, ja, ja!

Diablo que anda por Castilla
con vuelillos y golilla,

¿quién será?

¡Jesucristo, qué fracaso!

¡Ya está aquí! Dejadle paso;
allá va.

¡Ja, ja, ja!

RON. Ya aquí.

Salen.

(Al embozado de la litera.)

¿Está todo?

EMB.—(De la litera.) Sí.

RON.—Pues apriesa, ¡vive Cristo!

(Vanse los músicos despacio cantando la 2.^a
estrofa, Ronquillo los contempla tranquila-
mente. Poco detrás de los músicos va la ron-
da conducida por el Cabo a quien Ronquillo
encargó semejante maniobra, y que ha sali-
do por la derecha.)

ESTROFA 2.^a

Niñas vallisoletanas,
si os desvela amor quizá,
abrid ya vuestras ventanas,
porque el diablo pasó ya.

¡Ja, ja, ja!

Ya la gente de golilla,
sobre su rastro en la villa
puesta está,
y ha de ser diablo muy pillo
si al buen alcalde Ronquillo
se le va.

¡Ja, ja, ja!

RON.—Perfectamente: en media hora
los tengo ya en Fuensaldaña,
y a Roberto en mi compañía
aquí al despuntar la aurora.

Ya no se oyen... Con el paso que tomaron, ciertamente, ya estarán pasando el puente. ¡Guárdeles Dios de un fracaso! Sí; guardada esa mujer, tus cartas aseguradas, tus espías engañadas... ¡Oh! Aun estás en mi poder. Dijo bien Benamejí: que ha de ser diablo muy pillo quien del alcalde Ronquillo escape... (La misma música de la anterior escena se oye por el mismo sitio que se oyó la otra, y en la misma forma sale a la escena conducida por el espía a su tiempo.)

Mas ¡ay de mí!

¿Sueño, o vuelven a bajar mis músicos? Sí, ellos son; es mi seña, es la canción. Pero ¿cómo..., por qué dar vuelta a esa calle otra vez? ¡Atravesar la ciudad con esa publicidad!

Mas ya están aquí...

(Sale el espía y los músicos como los otros.)

Ronquillo y Espía

RON.—(Al espía.)

¡Pardiez!

¿De esta manera cumplís las órdenes que os he dado? ¿Por qué volvéis desdichado?

ESP.—Ved, señor, lo que decís; yo no vuelvo, llevo ahora.

RON.—¡Vive Dios! Pues ¿quiénes fueron los que antes que vos vinieron?

ESP.—No os comprendo...; oid... la hora (Dan las doce.)

justa.

RON. No; finges en vano.

¿Me vendes? (Morirás, pues.)

(Van-Derken, que se ha colocado entre los músicos embozados sale al paso a Ronquillo, que amaga al espía.)

DER.—Ved, señor Ronquillo, que es enviado del Soberano.

RON.—¡Mil rayos! y ¿quién sois vos?

DER.—Lo que el Rey le manda a él ser.

RON.—No entiendo...

DER. Vais a entender al momento.

(Se desemboza junto a Ronquillo.)

RON. ¡Santo Dios!

DER.—Veinticuatro horas os dí; mas como os habéis resuelto antes, yo también he vuelto más pronto que prometí.

RON.—¡Jesús me valga! Aquí hay algo que no comprendo.

DER. Un error

vuestro, y cuyo gran valor a apreciar sólo yo valgo. Conmigo, el diablo, van ya dos veces que os encontráis; mas pues vos y el Rey usáis de mi nombre, ley será que yo salga por mi honor con vuestras culpas cargado, y en vez de ser el burlado, pase el diablo a burlador. ¿Qué os dije? Os he de perder, o la tengo que salvar. No me la quisisteis dar, y yo os quité la mujer.

RON.—Pero... ¿cómo?

DER. Como ahora esa gente que traéis puedo hacer mía.

(A una seña de Van-Derken los músicos y embozados que están al lado del alcalde Ronquillo, se pasan al lado de Van-Derken.)

¿Lo veis?

RON.—¡Esto es un sueño!

DER. Vos mismo de allí la visteis salir y la dejasteis partir.

RON.—¡Oh! ¡Confúndate el abismo!

Mas esa infernal destreza con que por ocultos modos coges mis secretos todos, te va a costar la cabeza.

DER.—Reflexionad que si aquí partimos campo los dos, reñirán hombres por vos, pero demonios por mí.

RON.—En vano con tu malicia amedrantarme querrás.

¡Favor aquí a la justicia!

DER.—¡Favor aquí a Satanás!

(A la voz del Alcalde acuden varias rondas y gentes de justicia. A la voz de Van-Derken la puerta de la Casa del Diablo se abre de repente, y salen por ella varios embozados, que se ponen de parte de Van-Derken. Los músicos tiran los instrumentos y echan mano a las espadas, quedando en cuerpo todos los de an-Derken, y vestidos de negro como él. Las ventanas altas de la casa se abren también repentinamente, y asoman por ellas varios partidarios de Van-Derken, que iluminan la escena con hachones, y dan grandes voces y carcajadas. La justicia y los de Ronquillo huyen amedrantados.)

Ronquillo, Van-Derken, Espía, Justicia y Enmascarados

UNO DE RONQUILLO

¡Jesucristo!

OTRO IDEM

¡Los demonios

evoca ese hombre! (Vase.)

OTROS IDEM

...¡Qué horror! (Vanse.)

DER.—Ése. (Señalando al espía a quien los de Van-Derken se llevan por delante.)

ESP.—¡Válgame, Virgen Santa!

(Vanse todos, quedando en la escena Ronquillo y Van-Derken.)

DER.—Supongo, Alcalde que vos no tragáis lo de los diablos.

Mas ved la superstición del vulgo: vos le enseñásteis que esa casa era mansión de Satanás y vos mismo me dais armas contra vos.

Oíd, pues: veis lo que puedo; hasta que amanezca os doy de término, medítadlo.

Esos billetes que son vuestra esperanza, a mis manos pasarán como pasó

esta noche doña Inés; mas ved con que distinción: si me los dais, yo me encargo de salvaros; mas de no, perderéis cartas y vida antes que despunte el sol.

RON.—Pero explicadme a lo menos...

DER.—Os daré la explicación después que me déis las cartas.

RON --¡Nunca! Me sobra valor para arrostrar mi fortuna, y aun fío en mi corazón y en mi astucia para hacer que se vuelva contra vos

DER.—Doña Inés es mía ya.

RON.—Podré recobrarla yo.

DER.—Va viajando, y muy de priesa

RON.—Mi poder va más veloz, y la alcanzará.

DER. Lo guarda gente muy buena.

RON. Mejor

será la que irá en su alcance.

DER.—Nada logrará

RON. Pues ¡no!

DER.—Camina del Santo Oficio bajo la alta protección, y con licencia expedida por el mismo Inquisidor general.

RON. ¡Santos del cielo!

¿Quién pudo hacer tanto?

DER. Yo,

señor Alcalde; yo solo, que logré alejar de vos vuestras gentes para haceros la postrer proposición.

¿Me dais las cartas?

RON.

¡Jamás!

Si me niega su favor la suerte, al Rey don Felipe sus siete cartas le doy, y la octava al Santo Oficio; y hará al menos mi furor lo que con los filisteos hizo en el templo Sansón.

DER.—En ese caso, podéis encomendaros a Dios, porque moriréis sin ver otra vez ni al Rey ni al sol.

RON.—¿Pensáis...

DRE. Dejaros morir sin daros ni aun confesor, y venir luego a llevaros adonde es mi obligación.

(Vase.)

RON.—¿Quién es ese hombre, Dios mío?

Confuso, aterrado estoy; todo el edificio hermoso de mi futuro esplendor, mis afanes de diez años, de un soplo desvaneció.

Pero no para rendirme a la duda ni al temor me afané con tal empeño; y en tanto que el corazón tenga un instante de vida, pondré a prueba su vigor, y ¡antes muerto que rendido! Mas llegan... ¡Pluguiera a Dios que fuera la gente mía!

¡Oh, no me engañé!...

Ronquillo y el cabo de la Ronda de la escena IV.

CABO. Señor...

RON.—¡Hablad, hablad, con mil rayos! ¿Qué habéis hecho?

CABO. Lo que vos mandasteis. Les fui siguiendo hasta bajo el malecón del puente.

RON. ¿Y qué?

CABO. Allí la guarda franco el paso les dejé, y como los vi salir, me volví.

RON. ¡Condenación! ¡Todo se ha perdido!

CABO. ¡Cómo!

¿No me dijistéis, señor...

RON.—¡Dejadme en paz! (Se pasea agitado.)

CABO.

Yo...

RON.

Silencio

digo. ¿También me vendió Roberto? No, es imposible: sin duda, alguna traición

de ese maldito... ¡Ah! Lo entiendo todo: ahí dentro le esperó, y en su lugar salió luego como mi escrita intención lo prevenía... Mas él, Roberto, ¿dónde quedó? ¿Aquí?... Tal vez encerrado, maniatado...; eso es: mas ¡oh! aun puede salvarse todo si nos juntamos los dos. (Ronquillo toma una de las luces de su ronda, y va a entrar en casa de Roberto.) Roberto... Una luz... Roberto, respóndeme, alza tu voz de dondequiera que estés; soy yo, don Rodrigo soy; seguidme. (Va a entrar y retrocede espantado.)

Mas, ¡Jesucristo, él es, él, muerto!
VARIOS. ¡Qué horror!
RON.—Corred, seguidle al momento, por ahí va quien le mató; no puede estar todavía

lejos; id, y ¡vive Dios, que le traigáis muerto a vivo, (Vanse corriendo los de la ronda.) u os hago empalar si no!
La ciudad registrará pie a pie, rincón a rincón, hasta topar con el diablo que al hostelero mató; y antes que de mis secretos él se aproveche traidor, por asesino de ese hombre le cuelgo en la horca yo. (Por la derecha.)
DER.—¡Oh, los ojos de tu astucia tu coraje te cegó!
El hombre diestro no huye, burla a su perseguidor, y vas más lejos de mí cuanto vayas más veloz.
Corre, pues; vé tras el diablo, que él la mano te ganó, y va a esperar a que vuelvas en tu misma habitación. (Entra por la casa de Roberto.)

ACTO TERCERO

Habitación del alcalde Ronquillo. Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre a su tiempo una puertecilla secreta. Puerta a la derecha; balcón a la izquierda; mesa, sillón y demás útiles propios del lugar. Al levantarse el telón la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el Alcalde.

GIL

¡Dios me valga! Creí que andaba alguno dentro de este aposento: juraría que oí pasos y ruido de una llave desde ese otro salón cuando venía.
Aprensiones del miedo:
más confieso ¡por Dios! que acostumbrarme a semejante vecindad no puedo.
En la calle hace poco que he sentido de voces y de gente extraño ruido, y lo que es esta vez no me he engañado, en esa casa endemoniada ha sido.
Más ¡Dios mío! ¿Qué es esto?
¿Quién trastornó los chismes de esta mesa?
¿Quién estos vasos apartó del puesto en que yo los dejé? ¡Santa Teresa!
Ese vino se mueve todavía dentro de la botella... No, no hay duda; alguien ha estado aquí en ausencia mía.
Yo no dejé el sillón así apartado de la mesa. ¡Pardiez, que no es ahora vana aprensión! Y estoy determinado; salga por donde quiera, me despido esta noche del Alcalde, y cuanto riña y gruña será en balde.
Yo he nacido del vulgo, me he criado entre el pueblo: ni sé, ni he aprendido más que aquello que al vulgo han enseñado,

y creo cuanto cree; temo y respeto
cuanto respeta y teme,
y no creo, aunque pese a mi fortuna,
que estoy ni estaré a ser, por ley alguna,
mas sabio que mis padres obligado.
A pechar con los duelos y disgustos
a que estamos expuestos los mortales,
pase; pero vivir con tantos sustos
entre duendes y trasgos infernales,
eso no.

RONQUILLO.—(Dentro,) Gil...

GIL. Señor... ¡Gracias al cielo!
¡Jesucristo! ¡Qué humor trae esta noche!
Allá voy, allá voy. (Vase, y vuelve alumbrando a Ronquillo.)

Ronquillo y Gil,

RONQUILLO. Todo fué en vano:
cual sombra que en el aire se deshace,
ese hombre se me escapa de la mano.

GIL.—Señor...

RONQUILLO. En balde espero
de mis agentes nada.
¡Ira de Dios! La rabia concentrada
dentro de mi corazón me abrasa. Fiero
late; pero impotente
le encuentro por doquier para atajarme,
y no le hallo jamás para vengarme.

GIL.—Señor...

RONQUILLO. ¡Eh!

GIL. Ya tenéis la mesa puesta,
y creo que ya es hora
de que...

RONQUILLO.—Bien, está bien; lo que tú quieras.

(Se sienta distraído. Gil sale y vuelve.)

Vendrán, si que vendrán; más los menguados,
con las manos vacías.
¡Oh! En esos desdichados
me vengaré de las angustias mías.

GIL.—Ea, aquí está, señor. En horas tales,
ya es justo que toméis algo caliente.

RONQUILLO. ¿Qué es esto?

GIL. Vuestro caldo: os lo tenía,
como siempre, dispuesto.

RONQUILLO. ¡Caldo! Sangre
es lo que ahora con gusto bebería.

GIL.—¿Qué es lo que habla?

RONQUILLO. ¿Qué digo?

¡Necio de mí! Me vende mi coraje.

GIL.—Trémulo estáis, señor; descolorido.

¿Qué tenéis? ¿Os han hecho algún ultraje?

RONQUILLO.—Silencio, Gil.

GIL. Señor...

RONQUILLO. ¿Ha varecló?
el forastero?

GIL. No, señor.

RONQUILLO. Al punto
que llegue, que entre aquí.

GIL. Señor, ¿su vuelta
vais a esperar velando?

RONQUILLO. Gil, muy suelta tienes tu la lengua.

GIL. Es que... me da cuidado la inquietud en que veo a Useñoría.

RONQUILLO.—Llena ese vaso.

GIL. ¿Lleno?

RON. Pues ¿no lo oyes? Lleno te he dicho; lleno.

GIL. Como nunca...

RON.—Alguna vez sería la primera. (Bebe.)

GIL. ¡Buen trago!

Con eso su infernal melancolía disipará, y al fin, menos adusto me oírás que desde hoy más a su gusto busque otro paje por ausencia mía.

¡Pecho al agua!) Señor...

RON. Basta, importuno.

GIL.—Es que tengo, señor...

RON. Silencio digo.

GIL.—Perdonad.

RON. Perdonado. Esa mesa levanta y vete fuera; si viene el forastero, aquí al instante le mandarás entrar. (¡Oh! Estoy resuel-

fuerza es que acabe de cualquier mane- esta duda fatal. Sí; la agonía [ra.

es demasiado larga, y arrostrarla puede ya apenas la paciencia mía.) Despáchate.

GIL. Ya está.

RON. Déjame solo.

GIL.—(Pavor me da mirar su faz som- [bria.)

(Vase.)

Ronquillo, y a su tiempo Van-Derken.

RON.—Un momento a la boca del abismo quiero asomarme, y calcular su hondura en calma y soledad conmigo mismo.

Recuerdo que en el tiempo borrascoso de mi agitada juventud, solía ese licor fragante y generoso dar a mi corazón ruda energía,

y en mis trances más duros y apurados inspiró muchas veces repentino a mi agotada mente

recursos extremados que cambiaron mi destino.

Y a este recuerdo, que produjo acaso el grato olor del generoso vino, colmado y sin rubor apuré el vaso.

Y ¡por Dios! que hice bien; porque ya [siento

que el juvenil vigor de aquellos días, nuevo me infunde al corazón aliento y nueva luz a las ideas mías.

Perdido casi me contemplo. Solo con mi secreto estoy. Ese Roberto,

mi único ayudador, cómplice mío único, yace muerto,

y aislado estoy, de la traición y el do- colocado en mitad. ¡Terrible día [lor ha sido hoy para mí! ¡Cuán diestramen- me han burlado, pardiez! [te

Si adelantara

su llegada aquí el Rey! Si yo lograra verme con él antes que nadie a solas, todavía el bajel de mi fortuna orgulloso bogara

del mar de la ambición sobre las olas. Todavía pudiera devolverle ese traidor verdugo enmascarado que me envía el hipócrita taimado,

y pudiera, a mi vez, otro ponerle de su trono y su lecho al pie sentado.

DER.—(Por la puerta secreta que entreabre.) ¡Hele allí solo ya! ¡Cuán hondamente absorbido le traen sus pensamientos!

No me ve... ni me siente: habla..., sí... Sus acentos oigamos.)

RON. Sí: aun pudiera desvanecer la tempestad furiosa que ruge sobre mí, y asir pudiera el hilo de esa intriga misteriosa que mina sorda mi existencia entera.

DER.—Me tiene muy presente, y lo con- su pesadilla soy. [cibo;

RON. ¡Oh! Si en mis manos ese demonio a dar viniera vivo, ¡juro a los cielos... Juramentos vanos de mi rabia no más... Esos imbéciles no darán con su rastro..., y lo confieso mal de mi grado, sí: se me ha ocurri-

[do... ¡Si ese poder en que confía ese hombre del mismo Satanás le habrá venido!

DER.—(¡Torpe superstición! ¡El propio a temer de lo mismo que imagina [llega para asombrar la muchedumbre ciega! ¡Su propio corazón lo descamina!)

RON.—Jamás mortal alguno supo burlarme así. Se me presenta con medios que parecen naturales mis planes a estorbar... ¡Oh, y me ame-

[drenta la destreza infernal con que lo alcanza! Me amenaza, me ataja, me subyuga, doquier se me aparece, y me provoca; él mismo me abre senda a mi venganza, él mismo mis intentos favorece;

delinquiendo, en mis manos su delito le pone; apela a repentina fuga, le sigo, y aun su sombra veo, siento sus pisadas... ¡prodigio me parece!

y de mis manos casi en un momento

como leve vapor se desvanece.
Mas pues huye de mí, libre me deja.
Libre, si; y su razón se lo aconseja,
pues si en sus manos mi destino tiene,
yo también en las mías su destino;
y si a ponerse ante mi vista viene,
antes que una palabra de su labio
salte, le prenderé por asesino.
Sin lograr ver al Rey próxima muerte
me auguró... ¡Vive Dios! Saldré a esperarle,
y nadie, nadie le hablará primero
que yo: dejaré mal al adivino.
Mas a fe que calienta demasiado
mi enardecida sangre ese buen vino:
¡ah! no debí olvidar que se ha enervado
mi juvenil vigor, y que ya empieza
a flaquear con los años la cabeza
Mas ¿qué importa? Me siento más osado.
¡Pardiez, ¡oh Rey Felipe! no has atado
todos los hilos bien: aun tengo un día,
y esas cartas fatales,
de mi muerte fiadas hasta el punto
en las manos sagradas de un prelado,
de confesión secreta, bajo el sello,
me pondrán de tu cólera al abrigo,
y en vez entonces de segar mi cuello,
tu Real poder dividirás conmigo.

DER.—¡Ja, ja!

RON. ¿Quién está aquí? ¡Dios soberano!

DER.—Por doquiera que vas, tus pasos sigo.

RON.—¡Eh!

DER. Tu conciencia soy; me huyes en vano;

dondequiera que estás, estoy contigo.

RON.—¿Por dónde...?

DER. Por allí.

RON. ¿Conoces...?

DER. Todo.

RON.—¡Cielos!

DER. Todo. Ya visteis que cumplidas

vuestras órdenes fueron:

se falsearon las señas convenidas;

los músicos vinieron,

y los que centro estaban prevenidos,

con la litera a la señal salieron,

quedando otros, cual visteis, escondidos,

los que diablos al vulgo parecieron,

en la Casa del Diablo reunidos.

Mas no fué culpa mía si así huyeron;

y culpa vuestra fué si lo creyeron.

Ya veis, nada hay aquí maravilloso,

todo esto es natural, fácil, sencillo;

y más diestro que vos, más vigoroso,

os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

RON.—Todo lo entiendo ya: continuo espía

de mi casa, la casa de Roberto

hoy asaltásteis en su ausencia y mía.

DER.—Pues; y en ella introduce

mis diablos con silencio en vuestra ausencia.

RON.—¡Oh! Y Roberto al entrar...

DER.
en sus manos.

Cayó al momento

RON. ¡Pardiez! Mas la existencia
perdió: luego leal rindió la vida
sin vender sus secretos.

DER. La partida
con él perdisteis. Se le dió tormento.

RON.- ¡Traición infame!

DER. Y con la oculta entrada
que estos tres edificios comunica,
con la mujer dos años ha encerrada
en la casa por vos endemoniada,
con todo di, y os lo deshice todo;
y es por allí venir el mejor modo
de explicároslo al fin.

RON. Bien me lo explica:
mas en vano fiáis, porque seguro
os tengo yo tambien, mancebo insano.
y ¡por el cielo os juro...

DER.— ¡Eh! No juréis, señor Alcalde, en vano.

Ya sé que vuestra gente a una hora dada
a buscaros vendrá; que a este aposento
debe en silencio entrar: sé que el momento
de semejante cita está cercano:

mas cierto estad que de cualquier modo,
los dos tendremos tiempo para todo.
Hablemos, pues, señor Ronquilo, en calma,
que la vida del hombre está medida,
y yo deseo que salvéis el alma,
antes, señor, de concluir la vida.

RON.— Hacéis mal de fiaros en la vuestra,
porque no os valdrá ya la astucia diestra
para volver a dar con la salida.

DER.— La que debisteis vos tener guardada
mi salida no fué, sino mi entrada.

RON.— Mas dentro ya, os advierto que cordura
es que penséis en si os tendrá labrada
vuestra noble familia septura.

DER.— Esa ventaja me lleváis tan sólo,
que el Rey os ha dado una capilla
donde os labró suntuoso mausoleo
a costa de sus rentas de Castilla:
mas ved que no será gran maravilla
que el que os labró la estatua que corona
vuestro ataúd marmóreo, en su conciencia
crea que estéis mejor que en apariencia
dentro del ataúd vos en persona.

RPN.— ¡Dios Santo! Esas palabras...

DER. Os explican,

juez, mi presencia aquí, y en frase breve
os diré lo que en suma significan
y lo que en realidad cumplirse debe.

Que no podríais ver al Rey os dije:

no le veréis; perded toda esperanza.

Hombre, demonio o ángel, soy quien rige
vuestro destino; Dios quien me dirige,
y el honor quien me alienta;
encomendadme pues, vuestra venganza,
y yo en vuestro lugar daré a Dios cuenta.

RON.—¡Insensatez! ¡Cederes y en tal hora el fruto entero, el término inseguro, de mi afanosa vida! ¡Y cuando toco al enhelado fin!... Sería un loco.

DER.—Consideradlo bien, porque yo os juro que el justiciero Dios vuestro destino puso en mi mano; y en su poder divino me otorgó sobre vos poder seguro, y mediré a mi antojo vuestro sino.

RON.—¡Villano!

DER. Vuestra débil existencia apoyada no más está en mi aliento; animar o extinguir puedo su esencia con un soplo no más; y en un momento puedo franquearos con el brazo mismo la oscura trampa del eterno abismo, o el pabellón azul del firmamento.

Creedme: irrecusable testimonio daros podré de mi infernal prestigio, y puedo, sin obrar ningún prodigio, ser para vos un ángel o un demonio.

Dadme, pues, esas cartas, y abro nuevo camino a vuestra vida: al Rey no abono: me ultrajó más que a vos, y soy quien debo vengar la injuria con mayor encono.

RON.—Me inspiras compasión, pobre mancebo ¡Piensas alucinarme con patrañas estúpidas, y me abres todo entero tu necio corazón! Tú necesitas mi secreto, y robármele meditas atrevido y astuto; mas te engañas, a mí solo no más que sirva espero, y antes que en manos confiarle extrañas bajar con él a mi ataúd prefiero.

DER.—Pues mandáosle abrir, poque a fe mía que estáis, señor Ronquillo, en la agonía.

Sí; ángel, hombre o demonio, yo he cruzado tierras y mares tras de vos; he sido vuestra sombra doquier; os he velado vuestro angustioso sueño; he sorprendido vuestros hondos secretos; he hacinado mil pruebas contra voz, y he conseguido a fuerza de destreza, oro y afanes, el hilo asir de vuestros viles planes. La historia sé de vuestra infame vida; llevo de vuestros crímenes la cuenta: toda la sangre que tenéis vertida, gota a gota conté: toda la renta que la justicia os dió, por vos vendida; sí y los ayes, las lágrimas, la afrenta de cien familias contra ley juzgadas, y al cadalso inocentes arrastradas, aquí en mi corazón hierven ocultas, recogidas en él como en un vaso, y todas sus fantasmas insepultas, de su verdugo en pos siguen mi paso. Velas: venganza de maldad tan obvia pidiendo cada cual se te avecina: cuéntalas... la de Derker, al que agobia

de Inés la afrenta, que tras él camina;
las de tus empalados en Segovia;
las de tus abrasados en Medina.

RON.—¡Ay!

DER. Y a ese grito de pavor que arrancas,
la de Acuña también se alza en Simancas.

RON.—¡Basta,... El miedo; la rabia me sofoca:
ten la lengua infernal que en torno mío
esa sangrienta muchedumbre evoca.

DER.—No, no: tú has hecho con su sangre un río.
tras del que ciega tu ambición coloca
del trono de Castilla el poderío;
y por manchar el trono de Castilla,
saltar esperas a la opuesta orilla.

Pero sueñas. ¡Del Rey que a la alta esfera
donde te ves te alzó desde tu nada,
imaginaste, en tu arrogancia fiera,
dejar la gloria y majestad hollada!
¡Miserable reptil! Ni tan siquiera
podrás ver otra vez su faz sagrada
para pedirle compasión de hinojos,
arrastrándote vil ante sus ojos.

Yo te gané esa entrada; a tu aposento
vine a esperarte; me senté a tu mesa,
y tuve entre mis manos tu alimento.

¿Y cuentas con tu vida? ¿Y la promesa
que te hice olvidas, de agotar tu aliento
antes del nuevo sol? Mira, la espesa (A la ventana.)
noche disipa; mas en este punto
la descarnada muerte te está junto.

RON.—¡Mientes! Mientes!... ¡Te burlas!

DER. Viejo insano,

escucha, y cesa en tu dudar prolijo:
tú hiciste asesinar a un noble anciano.
su hija por deshorrar; mas ¿quién te dijo
que ese padre infeliz no tiene un hijo,
y esa doncella mísera un hermano?

RON.—¡Su hijo! ¡Su hermano!

DER. Sí, comprende ahora
el móvil de mi astucia vengadora.

RON.—¡Hijo!... ¡Hermano!... ¡Ay de mí! Todas, ¡oh
tus iras contra mí desencadenas. [infierno!]

No miente, no, ese vil...: hervir interno
su veneno voraz siento en mis venas.

DER.—Pues no desprecies mi postrer aviso:

te juro que a tu vida y a tu muerte
puedo aún marcar un término precisó.

Ronquillo, elige; pues, tu propia suerte.
Cede.

RON. ¡Jamás!

DER. Pues a tu fin te advierto
que aguardaré; mío eres; vivo o muerto
no te libras de mí, porque te juro
que aunque el secreto pongas a cubierto
de tu sepulcro, por mi mano abierto,
ni aun en tu corazón está seguro.

RON.—Mas ¿qué ruido... Ellos son...: ahora veremos.
quién te libra de mí.

DER. Llegan. (Se oculta.)

RON. Guardada
está ya la salida... ¡Oh! Moriremos
a lo menos los dos...: ya está apostada
mi gente abajo... Pero ¡Dios! ¿Qué miro?
¡Guardias del Rey!... Y siento que la vida
ya me abandona... Suben... ¡Ah! ¡Yo espiro!
(Cae en el sillón con el sopor.)

Ronquilio y el Espía.

ESP.—¡Gracias a Dios que le hallo al fin!

RON. ¿Quién llega?

ESP.—El Rey a la ciudad.

RON. ¡El Rey!

ESP. El mismo.

RON.—Pronto llévame ante él.

ESP. No; acedme entrega

de unos billetes que os fió.

RON. ¡El abismo

te confunda! ¿Tú sabes...

ESP. Mucho, y cierto;

parte me dijo el Rey; parte yo mismo

en esta misma noche he descubierto.

El diablo de esta casa sois, Alcalde;

vos en ella, a favor de esa conseja,

guardabais no sé qué, mas bien en balde;

un diablo más audaz sin ello os deja.

RON.—¡Tú acaso!

ESP. No; escuchad si sois servido.

Nos han burlado a todos; os han muerto

vuestro único leal; han sorprendido

nuestras señales y horas, y han huído

con el pase que disteis a Roberto.

La misma Inquisición vendida ha sido.

Don Luis Valdés, sobrino y secretario

del Arzobispo inquisidor, los sellos

del Santo Oficio usando temerario,

autorizó su voluntad con ellos,

y huyó también.

RON. En ese caso, amigo,

por piedad al Rey llévame: un momento

no pierdas... ¡Muero! ¡Ah! Llévame te digo,

si eres pobre cuéntate opulento

si eres villano alcanzarás nobleza,

si tienes ambición, favor sin cuento.

Ya lo viste: tú mismo de Su Alteza

me trajiste una carta en que decía

que en la cámara Real a su llegada

yo era primero a quien hallar quería.

¡Oh! Llévame ante el Rey, y todavía

puede esa gente vil ser atajada.

ESP.—¡No puede, ira de Dios! Europa entera

en su favor está; todo es ya en vano.

Del mismo emperador Maximiliano

sombra les hace la imperial bandera;

y un maldecido Embajador que envía

con apariencia por demás guerrera,

en su trama infernal les protegía.

RON.—O cae el mundo sobre mí, sin duda...

Pero ese Embajador...

ESP.

El diablo ayuda

le da, nadie le ha visto todavía,

RON.—Pronto, vamos al Rey.

ESP. Es imposible.

vuestra tumba va a ser este aposento.

RON.—Ya lo sé..., ya lo sé...; la hora terrible llega. (Desesperados esfuerzos.)

ESP.—Pues no perdamos un momento; orad a Dios si en él creéis.

RON. Aparta.

Déjame en paz morir.

ESP. A eso es tan sólo a lo que aquí Su Majestad me envía.

RON.—¡Cielos!

ESP. Sabedlo al fin: con fuerza o dolo, mandóme de unas cartas que os dió un día dar con el paradero, y descubierto que fuera; «Vé, me dijo el Rey, sus huellas do quier siguiendo, sin reparo alguno hazle morir; y en el panteón que he dado a su familia, entiérrale con ellas sin que el cadáver llegue hombre alguno.»

RON.—¡Gran Dios!

ESP. Tal es su ley,

RON. ¡Desventurado de mí!

ESP. Y yo, que a Roberto os he oído decir que las encierra bajo un sello un relicario que lleváis al cuello, mi deber cumpliré y vuestro destino.

RON.—¡Miserable traidor, ya llegas tarde!

ESP.—¡Tarde!

RON. Sí; antes que tú la muerte vino.

ESP.—¡Cómo!

RON. ¡El veneno que en mis venas arde me liberta de tí, vil asesino!

ESP.—¡Dios! ¡La muerte vos mismo os habéis dado.

Mas... con las manos que apretáis al pecho...

las cartas defendéis... ¡Bah! Todo está hecho.

(Va a quitarle el relicario. Ronquillo se defiende.)

RON.—¡Ah!... ¿Qué intentas?... ¡Favor! ((Cae sin fuerzas.))
Ronquillo, Espía y Van-Derken

DER. ¡Tente malvado!

ESP.—¡Rayo de Dios! ¡Este hombre aquí!

DER. Presente,

doquier que estás hoy.

ESP. Ahora lo entiendo:

¡por sus cartas venís!

DER. Precisamente.

ESP.—Por el Rey de Castilla las defiende.

DER.—¡Atrás!

ESP. ¡Favor al Rey! (Entran esbirros.)

He aquí mi gente.

Os cogí, ¡vive Dios! señor tremendo. (A los esbirros)

Meted en la litera ese cadáver (Cubre a Ronquillo con su capa, y los esbirros le rodean dispuestos a llevarsele.)

con esa capa como está cubierto

y nadie ose mirarle solamente;

la justicia del Rey va en este muerto;

(A otros, por Van Derken.)

vosotros maniatad a ese asesino.

DER.—¡Ay del que llegue a mí!

ESP. ¿Quién de nosotros

cejará a defender las armas Reales?

(Muestra las armas de Castilla bajo el jubón.)

Obedeced.

(Los esbirros van a acometer a Van-Derken; éste, abriendo a su vez su jubón, muestra en el pecho las armas del Austria bordadas de oro.)

DER ¡Atrás! ¿Quién de vosotros

se atreverá a las armas imperiales?

ESP.—¡Las armas de Austria!

DER. Sí: si no te ciega

su esplendor, miralas.

ESP. ¡Otro misterio!

DER.—Señor diablo del Rey, su ley no llega

do se hace oír la del austriaco imperio.

ESP.—Señor diablo imperial, cumplí la mía

hasta donde llegó, y esta jornada

va es del diablo del Rey.

DER. No todavía.

ESP.—¡Oh! Van con él sus cartas; gente armada

le guardará conmigo hasta que el día

muera, y entonces, de una vez cerrada

y sellada su tumba, en su sagrado

de entrambos quedará muy bien guardada.

Mas me esperan: a más ver,

amigo diablo imperial.

DER.—Un momento, diablo Real:

sólo va vuestro poder

de su tumba hasta el umbral.

ESP.—La muerte a todos da ley.

DER.—Mas no siendo de igual grey,

la tumba dirá a los dos:

«Hasta aquí el diablo del Rey:

desde aquí el diablo de Dios.»

ACTO CUARTO

Plaza en Valladolid: a la derecha una bocacalle. A la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja practicable, pero tan baja, que cuando quede abierta no haya más que un escalón que bajar. El convento de San Francisco en el fondo. Entre éste y el palacio, y formada por ambos edificios, una calle que se pierde en el fondo.—Noche.

Van-Derken. Luego el Doctor Robles

DER.—Aunque mucho se detiene,

fíjate en Robles, que es leal;

me debe cuanto es y tiene,

y no ha de dejarme mal.

Mas pasos oigo; allí viene.

Doc.—¿El diablo?

DER. De Austria.

Doc. Señor,

dispensadme si tardé.

DER.—Ha un momento que llegué;

mas ¿qué tenemos, doctor?

Doc.—Todo lo que os indiqué.

DER.—¿Consiente el lego?

Doc. Ganado

en parte, en parte engañado,

se presta fácil a todo.

DER.—¿Le hablastéis?

Doc. Lo que he juzgado

preciso no más.

DER. De modo

que el secreto...

Doc. No saldrá

de nosotros dos si importa.

DER.—Si puede ser, más valdrá,

Doctor.

Doc. Pues voyme hacia allá,

que el tiempo da tregua corta.

Más para ir a cosa cierta,

yo iré delante; escucha!

Tengo llave de una puerta

excusada de la huerta

de ese convento. Esperad,

pues, a que yo con sigilo

entre, le avise, y os abra,
y no quebrems el hilo,
que es delgado.

DER. Os doy palabra
de permanecer tranquilo
hasta que vos me llaméis.
Doc.—Cuando oigáis los cuartos dar
para las doce, echaréis

por esa calle, daréis
vuelta al convento, y a dar
iréis a una portezuela
del huerto, estará entornada,
y yo dentro en centinela;
colaos sin decir nada,
y en tanto andad con cautela.

DER.—Id descuidado, Doctor;
en esas calles de ahí junto
me ocultaré.

Doc. Es lo mejor.
y a los tres cuartos...

DER. En punto.
Id.

Doc.—Hasta luego, señor. (Vase.)

DER.—Todo va perfectamente,
conque manos a la obra;
más me oculto por si gente
pasa, que al hombre prudente,
jamás precaución le sobra.

(Ocúltase por la izquierda.)

El Espía y Embozado 1.º

EMB. 1.º—Aquí en lo obscuro aguardad.
Se han quitado de palacio
las guardas en breve espacio
para más seguridad.

ESP.—Bien.

EMB. 1.º—¿La reja conocéis
que se abrió para sacar
al Rey niño a bautizar?

ESP.—Sí.

EMB. 1.º—Pues por ella veréis
a quien os llama salir;
mas cuenta, que con respeto
grande le habléis, que es sujeto
que nos lo puede exigir. (Vase.)

ESP.—¡Pardiez! Ya me lo supongo,
y así por mi propio bien

lo haré. En acecho me pongo
hasta que los cuartos den. (Se pasea por
delante de la portada de la iglesia.)

¡Diablo! Empezaba a lloviznar,
y anda por esta plazuela
un airecillo que pela.

En fin, no puede durar
mucho tiempo mi plantón,
que más de la media es.

(Dan los tres cuartos.)

¡Hola! El reloj: una, dos, tres...;
cabal; los tres cuartos son
para las doce...; mas siento

pasos. Por aquella esquina

dobra alguno y se avecina...

Cierto; recojo el aliento,
¡pardiez! y me pego al muro. (Var-Der-
ken cruza la escena embozado hasta los
ojos y como quien pasa con miedo, muy apri-
sa y tarareando la canción del acto segundo)

Pasa, y según lo confiesa
con el canto y con la priesa,
lleva miedo, de seguro.

Vaya, algún estudiantillo
que vendrá del galanteo,
y cantaba, a lo que creo,
la canción contra Ronquillo.

Parece que el tal conoce
que ya no le ha de encontrar.

Mas sale. (La reja del palacio se abre, y
por ella sale el embozado de la esceua ante-
rior con linterna, y otro embozado que lle-
gando cerca del espía, dice en voz alta:)

EMB. 2.º Acaban de dar
los cuartos para las doce.

ESP.—Los oí, señor.

EMB. 1.º—(Al espía.) Llegaos.

EMB. 2.º—Dadme esa luz: descubríos.

ESP.—Yo soy señor.

EMB. 2.º Bien: cubríos.

Tapad la luz y apartaos.

(Al 1.º, que lo hace.)

¿Qué has hecho?

ESP. Todo, señor.

EMB. 2.º—¿Y el juez?

ESP. Enterrado.

EMB. 2.º Bueno.

¿Tú mismo le...

ESP. No.

EMB. 2.º ¡Traidor!

ESP.—El fué.

EMB. 2.º ¿Cómo?

ESP. Con veneno,

EMB. 2.º—Mas ¿tú le viste?

ESP. Expirar.

EMB. 2.º—¿Y las cartas?

ESP. Sobre sí

las tiene.

EMB. 2.º ¡Cómo!

ESP. De allí

no se las pude quitar.

EMB. 2.º—¿Quièn te lo pudo impedir?

ESP.—El Austria.

EMB. 2.º ¡Dios!

ESP. Mas, señor,

no temáis; su embajador

nada pudo conseguir.

EMB. 2.º—Ese enviado a quien no he
todavía, ¿ha sido acaso... [visto

ESP.—El; y a no atajarle el paso...

EMB. 2.º—¡Ampárennos Jesucristo!

(Todo se debe temer

del Austria en esta ocasión,
y la misma Inquisición
nos diera menos que hacer.)
Mas ¿cómo no has recogido
después las cartas?

ESP. Señor,
de su féretro en redor
hoy todo el pueblo ha acudido,
y como habíais mandado
que con tal solemnidad
se enterrara, fué, en verdad,
imposible; mas tocado
no ha nadie su cuerpo, y yo
fío, señor, con mi cuello
que el relicario, aun con sello,
sobre su pecho quedó.
Juan Robles, doctor muy grave...

EMB. 2.º—Le conozco.
ESP. Ha dado fe
de su muerte, y yo cerré
la tumba; aquí está la llave. (Se la da.)

EMB. 2.º—¿Acudió la Inquisición?
ESP.—Sí, señor; y escrupulosa
selló y barreó la losa;
conque a ver, es cuestión
concluida.

EMB. 2.º No, por cierto;
aun falta más.

ESP. ¡Por San Pablo!
¿Qué falta, señor?

EMB. 2.º Que el diablo
se lleve esta noche al muerto.

ESP.—(¡Esta es otra!)

EMB. 2.º Me aseguran
que eres hombre tan valiente,
que nada hay que te amedrente.

ESP.—Señor, si es que no me apuran
enemigos imposibles
de resistir...

EMB. 2.º Lo que vas
a atacar, si el golpe das
bien, serán poco temibles.

ESP.—Ley es vuestra voluntad,
señor; y yo mi deber
haré, muerto hasta caer.

EMB. 2.º—Cuestión es de habilidad,
no de fuerza; mas valor
requiere y serenidad.

ESP.—En ese caso, mandad.

EMB. 2.º—Pues escucha.

ESP. Hablad, señor.

EMB. 2.º—Seguirás representando
tu papel de Satanás,
y a media noche estarás
en ese portón llamando
con aldabadas bien recias.
La espalda tendrás segura;
tú llama con más premura
hasta que abran; y pues precias

de valiente y de sereno,
cuando pregunten ¿quién es?
responde con voz de trueno:
Satanás.

ESP.—No abrirán.

EMB. 2.º Pues
vuelve otra vez a llamar,
y pide de Dios en nombre
con el superior hablar.
Es varón santo, y no es hombre
a quien el diablo amedrente:
invoca en alto la ley
de Dios, y secretamente
dale este papel del Rey.
Al comprender el misterio,
sus monjes retirará,
y a rezar les mandará
al fondo del monasterio.

Si él no se va, le harás ver
que el Rey ordena que sólo
te deje en el mauseolo
del Alcalde, y lo ha de hacer.
Entonces tú, de Ronquillo
llegando a la sepultura,
con mano diestra y segura
darás la vuelta al tornillo
que hace de punto final
de su epitafio: al instante
la cubierta sepulcral
saltará: que no te espante.

Quita entonces al ditunto
el relicario que puesto
mantiene al cuello, y trás esto
con el cadáver al punto
en el aljibe darás.

Yo mandaré que lo cieguen
mañana; y antes que lleguer,
el sepulcro volverás
a cerrar del modo mismo

que le abriste, pues para esto
en su fábrica dispuesto
tiene oculto mecanismo.

La loza se alza y se baja
sin ruido: vé sin afáu,
que ni lince hallarán
la señal por donde encaja.

En seguida a aquella reja
vé a llamar: yo saldré allí
por el relicario y deja
lo demás fiado en mí.

ESP.—Entiendó, pero ¿y si acaso
mañana...

EMB. 2.º Yo haré contar
como más convenga el caso,
y obligaré de ello a dar
a los monjes testimonio.
Con lo cual, ¿qué podrá ser,
que venga el vulgo a creer
que se lo llevó el demonio?

¡Bah! ¿Qué le dará al Alcalde de que lo crean o no?

Si el Señor le perdonó, cuanto digan será en balde.

ESP.—Señor, perdone Su Alteza; pero ¿si yo me negara a servirlos...

EMB. 2.º Lo arreglara todo al fin...

ESP. ¿Quién?

EMB. 2.º Tu cabeza.

ESP.—A las doce y cuarto en punto

salid por el pórcario.

LMB. 2.º.—Recibirás tu salario, y se concluyó el asunto. (Va hacia el palacio, y antes de entrar se para un momento.) (Diestro y bravo..., ¡por supuesto! mas tengo yo para mi que estos bravos mueren presto.)

(El espía saluda al embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se para también un momento.)

ESP.—(Si sé yo que para en esto, ¿cuándo me pescan aquí?)

ACTO QUINTO

Vestibulo de la capilla concedida a Ronquillo para panteón. En el fondo una puerta que se supone dar a la capilla, que es una de las laterales de la iglesia. A la derecha, puerta que da a un claustro, al fin del cual está la puerta principal exterior del monasterio. A la izquierda, puerta que da a los claustros interiores del convento. En el centro el sepulcro de Ronquillo (cuya efígie de mármol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura lo más de tres pies. En la cara inferior, frente al público, escrita en bronce la palabra Ronquillo.

El Doctor Robles y Van-Derken. El Hermano Juan, con luz por la izquierda.

HER.—Ya estamos, Doctor, al cabo de la expedición. Entrad.

DOC.—Vuestra eficacia, en verdad, os agradezco y alabo.

HER.—No hay mucho que agradecer ni que alabar: la salud os debo, no es, pues, virtud servirlos, sino deber.

Sólo siento que no sea cosa de interés mayor mi servicio; mas, Doctor, basta que vuesaerced vea en ello mi voluntad.

DOC.—Hermano Juan, os repito que os agradezco infinito vuestro servicio.

HER. Mandad.

DOC.—Gracias, y lo mismo os digo: si os hace en ardua ocasion mi bolsa o mi profesión, Hermano, contad conmigo. Pero tiempo no perdamos, fray Juan, que no se recobra.

HER.—Manos, Doctor, a la obra, que en la ocasion nos hallamos.

Ahí tenéis la sepultura del Alcalde. ¡Brava pieza! según los que la belleza conocen de la escultura.

DOC.—Sí a fe.

HER. Cuando el escultor de orden del Rey la labraba, a nadie entrar se dejaba a presenciar su labor.

Aquí se encerraba él solo; y él solo aquí se las hubo

hasta que acabado estuvo el busto y el mausoleo.

Y se hizo con tal misterio, que hasta que él nos la mostró, ver tal obra no logró ni el abad del monasterio.

Pero el Rey vino durante su trabajo, y se encerró con él aquí; él fué quien dió al Alcalde semejante lugar para enterramiento, para lo cual, a mi ver, mucho le debió querer Su Alteza.

DOC. Yo así lo siento; pero pasa el tiempo, Hermano, y os recuerdo la promesa que me hicisteis...

HER. ¡Buena es esa!

¿Le voy yo en algo a la mano? Bien puede orar y llorar sin empacho, que, a fe mía, que yo también lloraría si me viera en su lugar.

DOC.—Sin duda; pero os aviso que me rogó formalmente que nadie habria presente más que yo, y en compromiso le ponéis si el hondo exceso le hacéis mostrar de su pena.

HER.—¿Tanto el pesar le enajena?

DOC.—Le enloquece.

HER. ¡Vean esol

y decian que era tal el alcalde don Rodrigo, que ni pariente ni amigo...

DOC.—Pues ya veis que dicen mal.

HER.—¡Lo que es el mundo, Doctor!

Y nos le habían pintado como el hombre más malvado del orbe. ¡Pobre señor! Siempre se meten los más en camisa de once varas. ¿Eh, doctor?

Doc. Pues, (¡Si te ahogaras, hablador de Barrabás!)

Doc.—¿Conque en fin?...

HER. Tenéis razón;

mas dispensad: los que estamos en el claustro, no acabamos en pescando una ocasión para echar un parrafito;

mas ya os dejo; y a fe mía, no es la mejor compañía el cadáver de Ronquillo.

Ea, en claustro os espero, conque tranquilos estad.

Doc.—¡Ah! Me olvidaba: escuchad aún, hermano portero.

HER.—Decid.

Doc. Si oyerais acaso voces, o rumor cualquiera que os extrañara o pudiera daros pavor, no hagáis caso.

HER.—Pues ¿qué, Doctor?...

Doc. No os extrañe.

Juan hermano, esta advertencia, que es deber de mi conciencia que os prevenga y no os engañe.

Ya os he dicho que era tal de ese buen joven la pena.

que a las veces le enajena tal desorden cerebral,

que en aquel delirio insano se pone fuera de sí.

HER.—Si neces'teis de mí, llamadme.

Doc. Gracias, Hermano.

Como yo en cura le he puesto,

yo solo le sé tratar,

y basto para calmar sus accesos

HER. Por supuesto.

¿Quién lo hará mejor que vos, que sois de la facultad?

Doc.—Idos pues.

HER. Adiós quedad.

(Vase izquierda. Vase el lego. Robles cierra y mira un momento por la cerradura. Van-Derken espera embozado é inmovil hasta que Robles se aparta de la puerta.)

DER.—¿Se fué?

Doc. Sí.

DER. ¡Gracias a Dios!

Van-Derken y el doctor Robles

DER. ¡Plática tenía ya hecha con vos hasta el alba!

Doc. Sí.

a fe; pero le sufrí porque no entrara en sospecha. Por pariente del Alcalde os tiene.

DER. No es mala idea.

Mas despachemos, no sea que se vaya el tiempo en balde.

Doc.—Pues el resorte buscad. (Van-Derken se acerca al sepulcro y se detiene.)

Vaya, ¿en qué os paráis?

DER. No sé...

pero...

Doc. ¿Dudáis?

DER. Sí.

Doc. ¿Por qué?

DER.—Si alguna fatalidad hizo...

Doc.—Fiad en mi honor.

DER.—Es que ¡por Dios, que sintiera que su muerte recayera sobre nosotros, Doctor!

Doc.—Si no tenéis otra cosa que os haga inquieto vivir, tranquilo podéis dormir.

Ea, el resorte a la losa apretad por el tornillo que sirve de punto al nombre;

y mirad, sin que os asombre, resucitar a Ronquillo.

(Van-Derken aprieta el tornillo en cuestión y levantándose todo el cuerpo superior del sepulcro, aparece el Alcalde tendido sobre su base. El Doctor se acerca a él, le quita el relicario, que tendrá en el cuello, y se le da a Van-Derken. Este rompe inmediatamente el sello, abre, saca y cuenta las cartas en el relicario encerradas, y entre tanto Robles vierte en la boca del Alcalde un licor que lleva en un frasquito. Luego se apartan del sepulcro.)

Tomad. (Dando a Van-Derken el relicario.)

DER. Intacto y sellado está aún. Dos..., tres... Si alguna falta...; seis... ocho...; ninguna, ¿Qué tenemos? (A Robles.)

Doc. No hay cuidado.

DER.—¿Vuelve a la vida?

Doc. Pues ¡no!

DER.—¡Ah, y yo también!

Doc. Tened fe;

que cuando a ello me arriesgué, bien seguro estaba yo; mas que no os vea: aguardad que el sopor eche de sí.

DER.—Gracias, Doctor. (Dándole la mano)

Doc. Yo cumplí.

DER.—Teneis razón; despejad, que yo empiezo desde aquí.

(El doctor Robles entra en la capilla del fondo. Van-Derken queda en el fondo de

la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus primeras palabras las dirá tendido aún, y en el momento de incorporarse, reconociendo instantáneamente el lugar, se arroja espantado del sepulcro, desvaneciéndose con la destreza de la ejecución, la mala imprevención que pue-

da causar situación semejante. El efecto depende del acior. Desde que Ronquillo se pone en pie, Van-Derken se va acercando al sepulcro guarecido de su levantada cubierta, quedando pronto a presentarse a Ronquillo,)

Van-Derken y Ronquillo

RON.—¿Dónde estoy? ¡Ay de mí! Larga y penosa mi pesadilla fué. Mas ¡Dios, qué veo?

(Se arroja del sepulcro.)

Nó, no es ensueño que tenaz me acosa...,

¡esto es ¡horror! mi propio mausoleo!

Mas ¿vivo a este lugar, quién me ha traído?

¡Oh! ¡Vago miedo el corazón me asalta!

Si de mi pecho el relicario falta...

(Lo busca sobre sí y halla el cordón roto.)

¡Ah! Cortado el cordón... ¡Estoy vendido!

DER.—Con tiempo os lo advertí.

RON. ¡Dios soberano!

¿Siempre vos?

DER. Siempre yo.

RON. ¿No hay, pues, manera de librarme de vos?

DER. Me huís en vano.

Roja fantasma del vapor formada

de la sangre de Derken derramada,

y del honor del hijo y del hermano,

con voluntad inexorable y fiera

camino tras de vos, y por doquiera

tras vos extendiendo la sangrienta mano.

RON.—¡Ah, mi mente se pierde en el abismo

de una angustiosa incertidumbre oscura!

Siempre en mi mal, con voluntad de hierro,

¿no es dique para vos la sepultura,

que aun más allá de mi sepulcro mismo

llega vuestro poder..., o mi locura?

DER.—Ya lo veis.

RON. No hay dudar.

DER. Sería yerro.

Mi poder contra vos es infinito.

De vuestra misma tumba en el encierro,

de mi venganza os estremece el grito;

y a esta voz con que os alzo u os aterro, ¡

parecéis como a punto os necesito:

cuando os quiero cadáver, os entierro;

cuando inútil me sois, os resucito.

Ved. (Mostrándole el relicario y las cartas.)

RON. ¡Me ahoga el furor!

DER. No os impacienté

verlas en mi poder, y vil recelo

no os atribule ya; sabio y prudente

sed, y los fallos acatad del cielo.

¿No me entendéis? ¡Ya me lo temía!

Pero voy a explicarme, porque quiero

que sepáis, señor juez, desde este día

lo que hay de la vileza a la hidalguía,

y de un vil asesino a un caballero.

Ése piadoso Rey de santa fama

que de la Iglesia defensor se llama,

y a los herejes quemar, fué el amante
de una infeliz doncella protestante,
y holló la fe por conseguir la dama.
Estas cartas escritas por su mano
en estilo amoroso, audaz, liviano,
cuando príncipe y mozo, vengarían
mi afrenta y vuestra injuria; mas podrán
el nombre mancillar del Soberano.
Porque tales están, que, a lo que infiero,
a las razas del mundo venidero
legados en el libro de la historia,
echarán un borrón sobre la gloria
de un católico Rey, justo y severo.
De semejante testimonio el peso
bien comprendistéis vos: de ellas por eso
un escudo os forjastéis... ¡Vil gusano
que de torpe ambición en el exceso,
queréis del que os crió morder la mano,
antes que el labio levantéis de ella,
el polvo os ahogará de su Real huella!
Yo comprendí cual vos tal pensamiento,
y en vos temiendo el temerario intento,
tras vos y ellas corrí; y tenaz, taimado,
¡o véis, por obtenerlas no he parado
hasta el fondo del mismo monumento,
mas de vos con distintas atenciones;
porque sagradas del honor las leyes,
enseñan a los nobles corazones
que mancillar la honra de sus reyes
es manchar el honor de las naciones;
y he de aquí mi conducta el noble arcano.
Del Rey y de vos víctima, en mi mano
tengo el vengarme de ambos justiciero;
mas ved del noble lo que va al villano,
y del vil asesino al caballero.
Si ambos en el honor me habéis herido,
si ambos a doñ mi sangre habéis vertido,
caballero y cristiano yo os perdono;
caballero y cristiano yo he cumplido
guardando ileso el esplendor del trono.
Mirad, pues, el honor a lo que alcanza;
(Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de Ron-
quillo quemar las cartas, dejando allí las cenizas.)
estas otras, que son nuestra esperanza,
en esa llama sin dudar consumo.
Dios maldijo la ira y la venganza;
las muestras, señor juez, sólo son humo.

RON.—¡Ah!

DER. Si mi acción magnánima os humilla,
no olvidéis la lección. Noble o pechero,
el que nace vasallo de Castilla,
cuando alcanza a su pueblo su mancilla,
de su honra le hace sacrificio entero.

RON.—¡Miserable de mí!

DER. No todavía
por tan misero os déis. Que ser podía
para vos, dije, o ángel o demonio,
prefiero ser vuestro ángel, y a fe mía
que de ello os voy a dar buen testimonio.

Tuvisteis gran poder, lo habéis perdido;
teníais esperanza, os la he quitado;
osásteis hasta el Rey, le he defendido;
mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
Fuisteis, no sois; en el sepulcro hundido,
del libro de la vida os he borrado;
mas no he sabido meditar en calma
por recobrar mi honor perder vuestra alma.
Dos iras provocó vuestro delito:
la mía acaba, la del Rey empieza;
vuestro nombre de hoy más está proscrito;
decirle es entregar vuestra cabeza.

Os temían, teméis; era infinito
vuestro tesoro, os hundo en la pobreza;
sólo y sin medios de ofender os dejo.
Mas oid de vuestro ángel un consejo.
Olvidaos de vos. Sumid prudente
vuestro ser en el caos del misterio.

De la tumba salid, nuevo viviente,
y marchad a ser otro en otro imperio.
Fuistéis impío y vil, sed penitente;
el palacio trocad en monasterio;
y comprad, pues os dan tiempo y aviso,
con la prez mundanal el Paraíso.

RON.—¡Basta!... No así a mis ojos lentamente
desenvolváis el porvenir horrendo.

¿Yo, como impío fui, ser penitente?
¡Vuestra venganza colosal comprendo!
Será mi corazón eternamente
rebélde a la virtud forzada siendo;
e impotente, infeliz, pobre, proscrito,
será en mí la virtud otro delito.

DER.—Como queráis; mas ved de qué manera
vuestro sepulcro al Rey labrar le plugo,
y no os ciegue esperanza lisonjera:
si resistís de mi esperanza al yugo,
la Inquisición os dispondrá una hoguera,
y el rey Felipe os nombrará un verdugo.

Yo no paso de aquí con mi venganza;
mas temblad la del Rey si aquí os alcanza.

RON.—Comprendo, sí, mi inmensa desventura.
mañana el Rey y el pueblo castellano
vacía encontrarán mi sepultura;
y el castigo creyendo sobrehumano,
mi nombre execrará la edad futura,
con mi fantasma soñará el villano,
y de mi fin la tenebrosa historia
guardará con horror en la memoria.

Pero sea. Del féretro nacido,
vagabunda visión sin compañero,
para toda región desconocido,
para todas las razas extranjero;
por la vida y la muerte repelido,
objeto de pavor al mundo entero,
el sitio de mi lúgubre memoria
con un negro borrón marque la historia.

DER.—Que el cielo tal dolor os retribuya
y a mi venganza de él cuenta no pida.
Sangre pedía por la sangre suya

mi asesinado padre, y vais con vida.

(Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

Robles, para salir me sustituya;
al alba disponed nuestra partida
y acogéos del Austria a la bandera.

Rob.—¿Vos...

DER. De mí no os curéis: el monje espera.

(Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado éste sobre el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vánse por la izquierda.)

Van-Derken

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro, diciendo.)

Cuanto puede acusarles aniquilo:
yazga enterrado en su lugar mi encono
y su tumba del Rey guarde el sigilo.

Noble respeta mi venganza el trono,
y bien puedes ¡oh Rey! dormir tranquilo.
(Dan las doce.) [lo.

Cumplida mi misión, llegó la hora
de abandonar la España, y al olvido
dar el tiempo que fué. A buscar ahora
una salida voy.

(Suenan dos recias aldabonadas en la puerta exterior del convento.)

Pero ¿qué ruido
el eco de estas bóvedas despierta
en su sombría cavidad dormido?
(Llaman otra vez.) [ta

¡Otra vez!... Ese claustro da a la puer-
terior del convento, y es por ella
por donde llaman...; el llavero acude
por el claustro interior; siento su hue-

[lla...
¡Oh! Este sagrado en tal azar me es-
[cude.

(Se oculta entre la capilla del fondo y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.)

El hermano Juan y Van-Derken

HER.—Fuera apenas del postigo
pudieron poner los pies.

¿Quén vendrá ahora?

(Llaman otra vez.)

¡Pues digo,
que no traen priesa!

(Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.)

¿Quién es?

ESP.—(Dentro.) Satanás.

HER.—¡Dios sea contigo!

DER.—(Entreabriendo su puerta.)

(¿Qué oí, cielos? ¡Satanás!)

HER.—¡Ay de mí! ¡Si de esos dos
vendrá el demonio detrás!

DER.—(¡Todo lo entiendo quizás!)

ESP.—(Dentro.) Abrid en nombre de Dios

HER.—No seré yo el temerario:

¿abrir? Lo que voy a hacer
es apretar a correr
y echar todo el campanario
a vuelo.

DER. (¡No has de poder
tal, vive Dios!)

(El lego va a volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que saliendole la capilla del fondo le impide el paso por la puerta de la izquierda.)

¿Dónde vas?

HER.—¡Jesús!

DER. ¿De portero estás
para eso? Abre, te digo.

HER.—¡Perdón!

DER. Abre a Satauás.

HER.—¡Para que cargue conmigo!

DER.—Siempre ha de ser para ti
lo mismo: abre, o ¡vive Dios,
que te haga yo llegar allí
pronto!

HER. ¡Qué va a ser de mí,
cielo santo, entre los dos!

DER.—¡Ea, aprisa!

HER. Voy allá.

(¡Muerto voy!)

DER. El juego está
visto...; ya abre... Un embozado
se entra... ¡Oh! El, por de contado:
más ¿dónde el lego va?

¡Jesucristo! De la cuerda
se cuelga del esquilón;
(Se oye tocar.)

el convento en conmoción
va a poner...; mas no se pierda
por mi precipitación
todo.

(Se vuelve a ocultar en la capilla del fondo.)

Van-Derken, oculto, y el Espía.

ESP.—Ese imbécil va a echar
todo el claustro sobre mí;
pero tarde han de llegar,
(Cierra la puerta de la izquierda.)

y ya habré acabado aquí
yo, cuando ¡ogren entrar.
No hay tiempo, pues, que perder;
lo que me importa es coger

cuanto antes el relicario,
pues o del Rey va a poder,
o me ahorca de lo contrario.
Cuanto vacile es en balde:
¡por Dios, que no me hace gracia
remover la momia lacia
del emponzoñado Alcalde!
Pero ¿qué remedio? Embisto:
del mecanismo el secreto
en este tornillo está,
según me dijo; le aprieto,
y adelante.

(Abrese la sepultura. El Espía, que ha estado atento a usar el resorte, levanta la cabe-

Silencio. Lleva al Rey el relicario que ansió tanto adquirir; está vacío. Dile que de su lecho funerario se alzó el cadáver al mandato mío; mas que encierra en su centro solitario su secreto fatal su mármol frío, donde bajo el misterio más profundo quedará impenetrable para el mundo. Dile que aquesta historia transmitida será mañana al pueblo; mas velada en misteriosas nieblas, referida por la lengua del púlpito sagrada, por la presente edad no comprendida, por la futura edad no interpretada, muro será de tradición tremenda que su gloria Real guarde y defienda. Dile que, caballero y ofendido, la fuerza y la razón tuve en mi abono, más satisfecho con haber podido, el armiño manchar no osé del trono. Dile que el deshonor que en mí ha vertido no le devuelve en deshonor mi encono, porque en la fe del noble y verdadero el honor de su Rey es lo primero. Eso dirás al Rey: él solamente lo entenderá: tras tí de este edificio saldrá esta historia: el clero fácilmente, del diablo la dará por maleficio: cundirá como tal entre la gente, llegará como tal al Santo Oficio, que en esa tumba encontrará espantado el prodigio infernal testificado. Mas crea de esta historia incomprensible la venidera gente lo que quiera. ¿Que obra del diablo fué? No era imposible. ¿Que fué superstición? También pudiera. Santa verdad o fábula increíble, no tendrá nunca explicación entera. Llegan. Vamos de aquí.

(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)

¡Vulgo sencillo,
cree tú que el diablo se llevó a Ronquillo.

za para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-DerKen, que mientras el ha estado ocupado en esto ha venido a colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.)

ESP. ¡Jesucristo!

¿Y el cadáver?

DER. ¡Ja, ja, ja!

ESP.—¡Santos del cielo! ¿Aquí vos?

DER.—De tus pasos siempre en pos.

ESP.—Y ¿qué va hacer de mí el Rey?

DER.—Te ahorcará según su ley, conque encomiéndate a Dios. (El Espía va a hablar, Van-DerKen le interrumpe.)



Marca Registrada

FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)

Exíjase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas. Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. **Precio: 5 pesetas.** De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARREIRA. Muñoz Torrero, 6. MADRID

STILOGRÁFICAS

Millares donde elegir desde 1 a 300 pesetas

Casa **MOZO** Alcalá, 9 MADRID

FOTOGRAFIA

BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23
Teléf. M-730. - Hay ascensor.

LIMPIE VD. LOS METALES CON

"AERO"

Y BRILLARAN MAS QUE EL CRO



¡EUREKA!

ES EL MEJOR CALZADO

Nicolás M. Rivero, 11 MADRID

Pildoras Saludables

DE **MUNOZ** 20
LAXANTES PURGANTES

EN TODAS LAS FARMACIAS

TOS FERINA JARABE BEBE

PRINCIPALES FARMACIAS DROGUERIAS

PRENSA POPULAR

ha puesto también a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

LA GARRA. -- FANTASMAS
LA ESPUMA DEL CHAMPAGNE
EL ABOLENGO.-MARIA VICTORIA
LA RAZA. -- AIRE DE FUERA

Precio: 3 pesetas

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACION, CALVO ASENSIO, 3, MADRID

Nesfarina

ALIMENTO COMPLETO FOSFATADO



complete
phosphated
nourishment

ESPECIAL PARA NIÑOS

Con buen alimento,
buena digestión y
-- buena nutrición --

NIÑOS SANOS

NESFARINA

es una conquista salvadora de la infancia raquítica.

Dr. Ildefonso Lozano
Médico del Hospital municipal de Valladolid.

Es el alimento ideal.

Especialmente preparado para los niños y personas débiles

La NESFARINA endurece los huesos, da vigor a los músculos, temple a los nervios y glóbulos rojos a la sangre.

Pedidas en Farmacias, Droguerías y Colmados

Compañía Industrial Nesfarina
ZARAGOZA